PQ7489
.V5
Z6

The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7489
.V5
Z6

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00025286805

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT

PQ7489
.V5
Z6

CORONA FUNEBRE

A LA MEMORIA DE

recd 9-26-73 LL
C

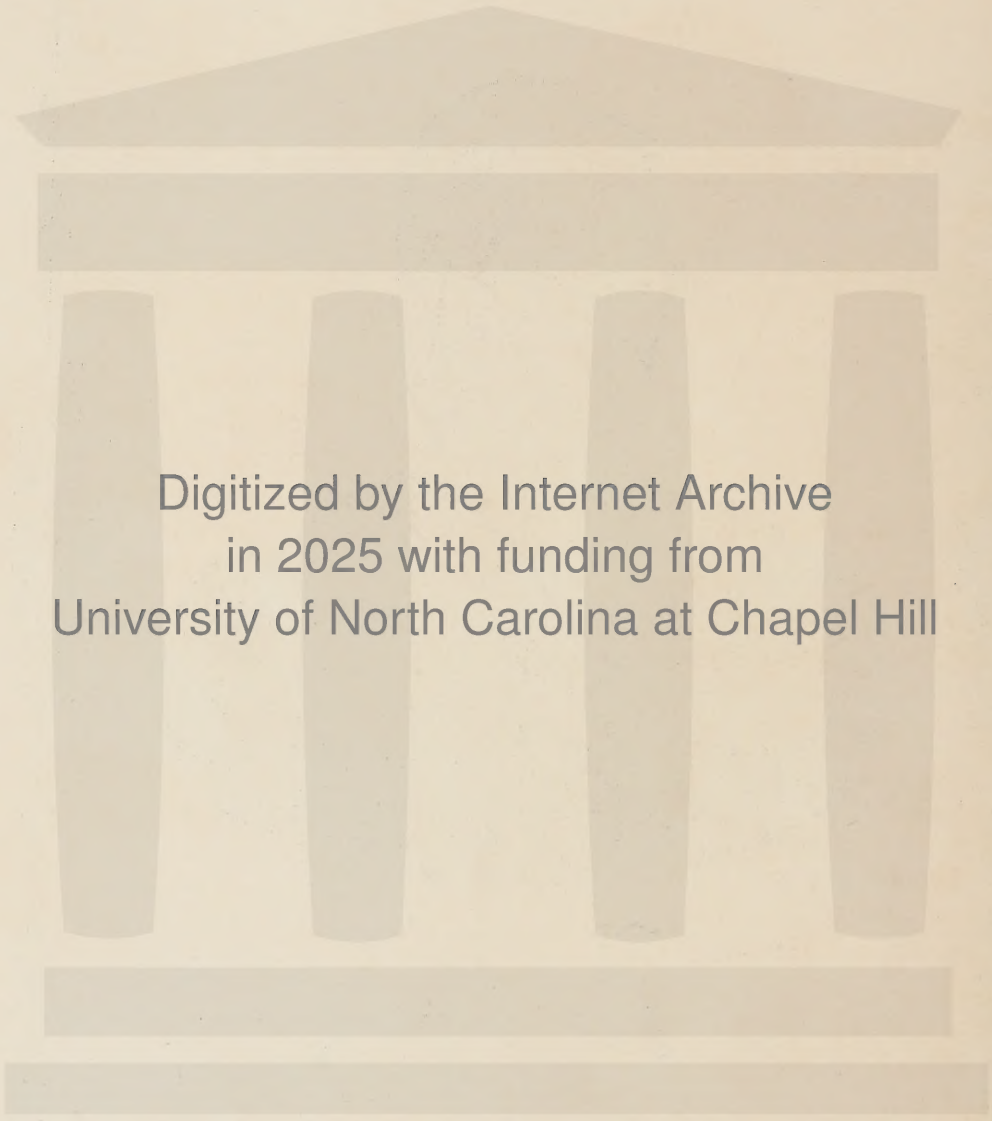
PIO VIQUEZ

SAN JOSE DE COSTA RICA
1904

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT

Pío Vigil

379677


Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/coronafunebrelam00unse_2

INTRODUCCION

El poeta tiene una corona de laurel que nunca se marchita. Las hojas de esa corona están formadas por estrofas inmortales, armonías imperecederas que suenan de generación en generación. El poeta desaparece de la escena de esta vida, sueño vano y transitorio que ha sido comparado á un breve día do apenas nace el sol cuando se pone en las tinieblas de la noche; pero sigue cantando y los sentimientos que le animaron y los cuadros que creó su fantasía esplendorosa, la posteridad los acoge y glorifica.

Pio Víquez no necesita que le hagamos una corona; él mismo supo tejérsela con sus cantos inspirados y sus escritos inimitables; su nombre vivirá siempre en puesto distinguido en el parnaso centroamericano; mas los amigos del poeta inmortal y periodista ameritado necesitamos dar expansión á nuestro propio sentimiento, derramando flores sobre la tumba de aquel ingenio que desapareció cuando se hallaba en la plenitud de la vida y en aptitud de enriquecer con nuevas joyas la literatura nacional.

* * *

Costa Rica ha sido solícita en honrar la memoria de nuestro poeta. El ilustrado Gobierno, presidido por el señor Licenciado don Ascensión Esquivel, concedió el uso de la Tipografía Nacional y los demás elementos necesarios para la lujosa impresión de un libro en que están recopilados los mejores trabajos de Pio Víquez y también se sirvió disponer, á solicitud nuestra, que en aquel establecimiento se imprimiese esta corona fúnebre.

Con igual benevolencia nos concedió el Gobierno que en el Teatro Nacional se diesen una velada literaria y dos representaciones líricas, con el objeto de aumentar el dinero colectado para costear el mausoleo en que descansarán los restos de nuestro malogrado amigo.

* * *

Ese monumento, sencillo y á la par elegante, obra del distinguido arquitecto señor Tenca, está edificado en uno de los mejores puntos del cementerio general. Un comité compuesto de los señores Licenciados don Máximo Fernández, don Ricardo Jiménez, don Francisco Aguilar B., don Elías Castro U., don M. Argüello de Vars, don Luis Anderson, don Alberto Pacheco, don Alejandro Alvarado h., Ingeniero don Lesmes Jiménez, don Ricardo Fernández G., don R. Matías Quesada, don Emilio Pacheco Cooper, don Gregorio Martín C. y el infrascrito, se encargó de colectar el dinero necesario y fué secundado en esa empresa por sucursales en Puntarenas, Alajuela, Grecia y Cañas, organizadas, respectivamente, por los señores don Juan de Dios Matus, don Juan Suñol, don Tranquilino Chacón, don Otto Kopper y don Augusto F. Grillo. El Licenciado don Francisco Aguilar Barquero tuvo la bondad de encargarse del depósito de los fondos colectados y es de justicia hacer mención también de don Emilio Alpízar, quien nos ha prestado su valiosa ayuda y con acción perseverante y éxito cumplido ha sabido corresponder muy bien al cariño que Víquez le profesaba.

* * *

La espontánea contribución ha sido verdaderamente nacional, realizada en las diversas provincias y comarcas, habiendo tomado parte en ella gran número de extranjeros, entre los cuales gozaba Víquez de merecidas simpatías. El éxito tan fácilmente alcanzado es una demostración del general aprecio en que era tenido nuestro escritor y poeta, quien tanto lo merecía por la originalidad de su genio, la brillantez de su talento y la excelsitud de su corazón.

San José, Octubre de 1904.

R. Machado Jáuregui

Pío Víquez

Fué la de Víquez una hermosa inteligencia malograda que, por escasez cuasi absoluta, entre nosotros, de elementos necesarios para la vida del artista, no pudo dejar una obra, por lo menos, perdurable y digna de sus talentos literarios.

Nacido en un villorrio de la provincia de Cartago, en el paradisiaco valle de Ujarrás Viejo; levantándose á golpes de ala sobre el obscuro nivel de las multitudes; funcionando ora como amanuense, más tarde como maestro de escuela; proporcionándose, por sus propios vigorosos impulsos, un modesto y limitado *modus vivendi;* visitando las aulas de la Facultad de Derecho, en calidad de alumno, primero, y en carácter de catedrático, después; internándose en los laberintos de nuestra política, hasta ocupar una Subsecretaría de Estado bajo el Gobierno del General Guardia; representando con burlesca prosopopeya el papel de Director de la Imprenta Nacional y Redactor oficial de *La Gaceta*, durante la gloriosa Administración de don Bernardo Soto; integrando una Legación costarricense acreditada en México; hasta fundar definitivamente, al cabo de una agitación incesante, —poco adecuada para las investigaciones hondas y las serenas meditaciones,— su tribuna periodística, su ídolo gentil, que decía donosamente, su *Heraldo de Costa Rica;* así distraídas y consumidas las atenciones de su alma, toda la fuerza de su ingenio literario, que era proverbial cuando vivía, permaneció latente, mostrándose, apenas, en breves y efímeras fulguraciones, y desvaneciéndose parte de ella en su inolvidable faena periodística de diez años y en las batallas de la política militante, en la cual tomó participación activa, burla burlando, más como práctica necesidad que como natural satisfacción de su espíritu.

*

* *

Al calor de los primeros entusiasmos de su juventud, en la edad de los dulces ensueños de la vida, cuando el hombre se considera armado de todas armas y broquelado con la cota de mallas de hercúlea energía para escalar todas las cimas y para combatir,—pobre y desvalido Ayax,—con las legiones del cielo y las falanges de la tierra; cuando todavía se aman con cariño los encantos del mundo, y se sueña en una tierra prometida, con la novia, con la dicha y con la patria, y se acarician con fervor los engañadores halagos de la gloria,—deidad mitológica, noble espejismo de la existencia;—al beso embriagador de la Quimera que hace vibrar el arpa divina de los poetas, comenzó Pío Víquez su jornada literaria, pulsando una lira sentimental y triste, más bien romántica que clásica, que parecía encordada con las cuerdas gemidoras de Heine y de Musset, de Zorrilla, de Espronceda y de Zenea, y que, con tener arranques vigorosos de conmovedor lirismo, pocas vibraciones tuvo de gran vuelo como *El baño*, *El apache*, el *Nocturno* y *La*

torcaz, para adquirir estable reputación entre los trovadores del Parnaso continental.

Pío Víquez, poeta, fué, dentro de sus aptitudes, devoto de la poesía lírica, poesía que tiene por campo de especulación las íntimas y complejas manifestaciones del alma, y que,—contra el vulgar criterio de los pretensos letrados y positivistas de pega, que la consideran sin práctica finalidad para mejorar las dolencias del humano linaje y la desdeñan por estéril y vacía,—contribuye, sin duda, en gran manera, á refinar las ideas y sentimientos de la humanidad, y sirviendo de heraldo á los grandes gritos de miseria y dolor que conmueven el mundo, ayuda á levantar el templo de la religión del amor, de la caridad, de la misericordia y de la fraternidad universal, único templo que ha de quedar en pie cuando las basílicas de las religiones positivas se derrumben.

Y aunque Víquez poseía un temperamento privilegiado de artista verdadero, y aunque fué siempre un poeta en todas las manifestaciones de su existencia, apenas si dejó vagos perfumes, armonías perdidas, en las cuales su personalidad literaria se esfuma lejanamente.

Bien porque la poesía, en la expresión usual de la palabra, aprisiona en la jaula dorada del artificio el pensamiento,—águila caudal ó ruiseñor enamorado que necesita ancho y libre espacio para batir las alas y remontar el vuelo;—bien porque Víquez, alma esencialmente artista, no hubiese alcanzado el total desarrollo de la inteligencia cuando se consagró al culto de las musas; bien porque hubiese tomado, como norma de su poesía, modelos un tanto deslucidos por el tiempo y alejados de las nuevas formas y tendencias de la Literatura contemporánea; bien porque su espíritu no tuviese sosiego y dedicación bastante; lo cierto es que los cánticos de Víquez, con ser ánforas de ternura, soplos de tristeza, trovas de galán enamorado, encajes de relucientes sedas, ó músicas etéreas de bucólicas flautas, lo cierto es que, con tales delicadezas, sólo tuvieron firme reputación dentro de las estrechas lindes de la América Central, y apenas si responden á las geniales aptitudes que como inspirado y hábil prosista había de revelar con el transcurso del tiempo.

Con todo, Pío Víquez es de los buenos poetas centroamericanos, y Costa Rica no ha tenido otro de semejantes bríos, excepción hecha del vate modernista Justo Facio. Pero en tanto Víquez resulta puramente impresionista, gemebundo y plañidero, Facio resulta puramente cerebral y plástico. Víquez deja correr su inspiración galopante por las viejas rutas españolas ya gastadas, mientras que Facio la refrena para conducirla serenamente por los nuevos senderos de mármoles y jaspes que van trazando los bardos revolucionarios de la Francia.

Con faltarle formas nuevas ó perfectas á los versos de Víquez, hay en ellos la inefable armonía del sentimiento, las supremas palpitaciones del corazón, las intensas vibraciones del alma que, aunque todos alguna vez hemos sentido en nuestros breves minutos de ventura y en las horas interminables de pesadumbre, sólo el poeta puede traducir y crearles vida en la música maravillosa del verso, dándole á las cosas un tinte ideal, ultraterreno y vaporoso, que lleva nuestra fantasía, por momentos, en el carro alado de que nos habla Platón, á los espacios rutilantes de la poesía, donde hay misteriosas deidades y ángeles aéreos que forman el divino cortejo del Eterno.

También su numen tuvo valientes resonancias de trompa épica, tales como el himno guerrero que entona á Grau, el inmortal almirante peruano; lo mismo que, al pintar, tenía gran vigor en los pinceles y abundante colorido, como lo prueban las poesías ya citadas y el siguiente fragmento de *El Apache*, donde describe con mano maestra al indio americano:

Como el antiguo atleta es el impío:
De porte majestuoso y contextura
No menos formidable que su brío.

Del homérico Marte la apostura
No pudo ser mejor; es intachable
Del rudo apache la marcial figura.

Ancho, enarcado pecho, comparable
A una coraza, y brazo que semeja
De ásperas cuerdas retorcido cable.

De la pestaña y la tupida ceja
Entre la sombra grave, el ojo inquieto,
Como bruñido acero, audaz refleja;

Rasga el párpado tenso que sujeto
Tenerlo apenas puede, y la mirada
En són esgrime de insolente reto.

Pierna menos robusta que acerada,
Para vencer el árido desierto
Y las agrestes cúspides formada.

De la sombrosa selva, el tigre experto
En la espesura salta y la aspereza
Con más agilidad que en campo abierto;

Que para que ejercite su fiereza
En lo áspero, le dió nervio potente
Y flexibilidad Naturaleza.

Muy joven todavía abandonó Víquez el plectro melancólico de sus cantos primeros, que no volvió á pulsar sino hasta en las cercanías de su muerte, cuando inspirado por infinita y letal tristeza, por abrumador escepticismo y mortal dolor de la vida, cantó los *Oscuros de insomnio*, al lento recuerdo de Julio y de Graciela, sus dos pequeños hijos perdidos que ya reposaban en la fosa de la eternidad:

Es la tristeza mi más adorable amada,
Y mis pesares las joyas que más estimo;
¡Oh maga!, sólo cuando mi llanto se agote,
Paz tener quiero, la que nos brinda la muerte.

Piadosa guarda tus amorosos afanes
Para el que ríe, que se imagina dichoso;
Con tus arrullos apártalo del fastidio,
Y, en mi memoria, deja que vivan mis muertos.
. . . . . .

¡Oh bella musa!, consuelo de los que sufren,
En vano quieres ampararme con tu gracia;
Están abiertas mis heridas; ancha hoja
Clavó el destino, sin piedad, en mi costado.

Pero si anhelas que tornen mis alegrías,
¡Ay! vuela entonces donde los sauces gimen,
Rompe las piedras que mi corazón estrujan,
Y haz que mis hijos, como Lázaro, levanten!

Mas si no tienes el poder del Belemita
Y yo carezco de la fe grata á los dioses,
¿Qué sirve, maga, que yo mi lámpara apague
¡Ay! si encendidos han de quedar mis recuerdos?

Abre tus alas y abandona al infelice;
¡Oh dulce amiga! déjale aquí solitario,
¡Nó solitario! pues que lleva en sus entrañas,
Cual vivos eran, sus muertos inolvidables.

Tal verso blanco, cuya atrevida novedad á primera vista desconcierta, lleva en sus alas un ritmo profundo y contiene en su seno amarga cicuta, intensa síntesis de una desesperación de agonía.

*
* *

Pero para admirar á Víquez en sus geniales rarezas, en su extraña originalidad y en pleno vigor de sus facultades, es preciso seguirle, paso á paso, durante el relativamente largo período en que, abandonando el verso, desplegó sus anchas alas para batir el vuelo en el vasto dominio de la prosa.

Antes de amarrarse á la roca del diarismo, donde vivió sujeto por las necesidades materiales hasta el día de su muerte, había dado á la publicidad la única obra de aliento hija de su ingenio: la relación del viaje del Presidente Soto á Nicaragua.

Es en dicho libro, verdadera curiosidad literaria, donde campea de cuerpo entero la personalidad de Víquez, y donde, por lo mismo, puede apreciarse mejor, con más campo para la investigación, aquella singular figura de artista escéptico y burlón, amable y triste, verdadero desencantado de la vida á ratos y á ratos admirador profundo de la naturaleza,—en lo que la naturaleza tiene de más hermoso y adorable,—cuya ideal interpretación, al mismo tiempo vaporosa y robusta, sabía realizar con tal maestría, donosura y colorido que por momentos nos trae á la memoria el vivo recuerdo del Manco de Lepanto.

La burla fina, que se pasea con donaire por todo su libro, embozada en túnica lujosa, haciéndoles morisquetas de buen gusto á los hombres, grandes y chicos, que el autor encontrara al paso en su peregrinación por la tierra lujuriante de los lagos; la observación y relato de los pequeños detalles y peripecias del viaje, traídos á cuento con interés y gracia de narrador florido; los chistes y novedades de fino ingenio; los quiebres y requiebres del idioma; los perfiles vagos y los altorelieves; y muy especialmente el colorido y pujanza en la descripción de las encantadoras regiones tropicales de Nicaragua, hacen de tal libro una obra amena y de mérito, digna de figurar entre las buenas obras literarias que se hayan publicado en Centro América, y esto sea dicho con perdón de quienes, como Pedro Ortiz, afectando gravedad doctoral, sólo encuentran en ella «burlesca pintura del país que visitaba» y superficial relato de «cómo se ponía el autor los calcetines y cuantos *cocktails* se tomaba cada día».

Después de la turbulenta campaña electoral de 1889, durante la cual Víquez fue buen campeón del Partido Liberal, se consagró por entero al diarismo militante, fundando *El Heraldo de Costa Rica*, periódico puramente subjetivo,—que fue durante diez años encanto de la sociedad costarriqueña y reflejo fiel de la personalidad impresionista y caprichosa de Víquez,—donde forzosamente derramó el embriagador perfume de su ingenio, y donde trazó una órbita de estrella errante y perdida, sin orden ni concierto, sin rumbo fijo, más por llenar la faena perentoria del momento, que por lograr algún triunfo determinado en la ciencia, en la política, ó en la sociedad, marcando por lo general, sus más serias y trascendentales concepciones, con la punta de un desdén soberano y con el filo de una sátira mordaz que esgrimía con habilidad y sutileza volterianas.

Es de notar, sin embargo, que siempre fué adversario pertinaz de la administración dictatorial del Licenciado Rodríguez.

Persuadido de que el cultivo del arte, afición única de su temperamento, en nuestro medio todavía rudimentario, no da honra, ni siquiera suficiente provecho para el humilde sustento del más humilde de los artistas, y que tanto monta en la consideración general del gran público lector el diletantismo callejero como la consagración benedictina á la difícil labor del publicista; persuadido de la ausen-

cia de ideales amplios y concretos en las diversas esferas de nuestra existencia embrionaria, hubo de abandonar sus ilusiones literarias, para consagrarse por entero al periodismo, única forma viable en Costa Rica de la Literatura, y envuelto en la negra túnica de un jovial y elegante escepticismo, que fué siempre su nota culminante, caminaba hacia la tumba con una sonrisa dolorosa en el labio y con un fulgor triste en la pupila.

Por ligero examen que se haga de la faena periodística de Víquez, se llega á tener perfecta convicción de que, á falta de otra, forzosamente hacía esa vida de intelectualidad superficial del diarismo, el cual, como el dios de la Mitología, aniquila y devora sus propios hijos, sin que de ellos quede más que el vago recuerdo de sus fulguraciones, la memoria indecisa de sus afanes, la estela casi borrada por el olvido de las luchas generosas libradas al choque de los hombres, de las ideas y de los hechos que se agitan en cada histórico minuto dentro del complejo organismo de las sociedades. Y así vemos que con frecuencia salían de su pecho gritos de indignación ó de amargura, al sentir la desoladora injusticia del público que alimentaba, y al persuadirse de que sus esfuerzos se perdían, sin ser comprendidos, en el desierto de la ignorancia, ó encontraban tenaz resistencia en el muro de las envidias y los egoísmos ilustrados.

En *El Heraldo de Costa Rica* dejó Pío Víquez la floración magnífica pero trunca de su ingenio. Escribió acicatado por las exigencias del diario, sobre todos los asuntos del momento, en agitación acelerada que apenas si le daba tiempo para revisar sus artículos, los cuales salían de su pluma, no en el dolor del aborto, ni en el martirio del pulimento, sino como chorro bullente de agua, que diría el Duque Job.

Y trató de todas las cuestiones palpitantes con rapidez vertiginosa y con la misma extraña y original inspiración: si de Política, con paternal desdén hacia los hombres que representan los principales papeles en la escena; si de Religión, con violencia inusitada contra el clericalismo y contra los mitos y los dogmas venerados; si de Arte, con profundo y reverencial respeto; si del movimiento social, con amable y exquisita cortesanía; y lo mismo cuando escribía sobre las más altas cuestiones de la Política, de la Ciencia ó del Arte, que cuando trataba de las mayores futilezas ó de los asuntos más prosaicos de la información local, sus concepciones, por baladíes que fueran, nacían vestidas en espléndidos ropajes, ostentando formas caprichosas de singular belleza.

Y perdidos entre las prosas cotidianas y arrollados entre las bagatelas del momento, dejó un reguero luminoso de diamantes, de bocetos, de bibelots, de camafeos, de bustos y de paisajes de magníficos colores, que llevan el sello de una rica y vibrante fantasía oriental y reflejan un alma de artista á la vez soñadora y desencantada.

Hé aquí, verbigracia, que al escribir un anuncio de un almacén de licores, de conservas en lata, de trastos y demás abarrotes y fruslerías, el sugestivo nombre de la casa le cautiva y le sirve de plinto para cincelar, como Benvenuto Cellini, en el asa de una jarra, el siguiente busto de mujer:

La Genovesa:

Bajo el ala de su lindo sombrero de paja de oro bruñido, enseña unas pestañas largas, crespas y jaldes que, con los arcos de las cejas, parecen reflejos de la mañana, engastados en el mármol sonrosado de su frente. Y bajo sus pestañas están sus ojos de profundo cielo primaveral, limpio y al parecer tembloroso al contacto de la ardiente luz del medio día. Tiene una ancha boca incitante, de labios esponjados, que destilan de sus franjas olorosas jugo riquísimo de granada en su punto. Cada labio es un sartal de besos que convida á morder y á hacer otras locuras.

Los camanances y el hoyito de la barba son triple tentación; y nada digamos de aquel pecho donde parece que á compás se mueven dos cisnes pichones sobre onda de leche.

Abundan, como el citado, los ejemplos.

Los epitalamios, etéreos nidos de perfumadas flores, que se mecen voluptuosamente «en el aire en que flotaban los colores y las líneas de su fantasía»; las descripciones de nuestra virgen naturaleza, que derrama en sus vagarosos relatos de viaje al través de nuestros parajes fascinantes; las necrologías, desbordes de consolación y de ternura que extendía como mantos funerales sobre las tumbas recién abiertas; los artículos políticos, que improvisaba repentinamente, con variables y muchas veces encontradas tendencias, dando siempre inesperados toques, y que, por el nervio y dialéctica con que los escribía, parecían nacidos de inmutable y profunda convicción; las polémicas, en las cuales empleaba tanto el cauterio como la bomba explosiva; las crónicas sociales, que eran anacreónticas en prosa; todas las creaciones de su pluma, que brotaban espontáneamente, sin adornos postizos ni retoques, á veces con incorrecciones de bulto, al calor de sus impresiones del momento, eran pequeños y vibrantes poemas, en cuyo fondo contenían el amargor filosófico de su genial y afable escepticismo.

Puede asegurarse que Pío Víquez, prosista, es, en sus cualidades y defectos, un magnífico y peculiar producto de los tiempos que corren y de nuestro medio, donde se necesita para no caer en desmayo y para tomar por lo serio las diversas manifestaciones de nuestras luchas intelectuales, un espíritu de apóstol incorruptible y un temperamento en extremo inquebrantable y resignado, como el del Maestro Zambrana, cuya fe en la victoria de sus ideales es lámpara que no se apaga.

Por una parte, el burlesco escepticismo, la aparente indiferencia, la decepción risueña, la infinita tristeza que reboza en el fondo de sus escritos, aun en los más humorísticos, es proveniente, á no dudarlo, de la falta de medio, entre nosotros, para un alma de poeta, «pero esa tristeza, por sí sola, es obra buena, obra santa, obra ideal, porque unida á la de los pocos que luchan por el arte en nuestro medio pobre y mezquino, está labrando lentamente, como tenaz gota de agua en la roca más firme, un medio mejor y más generoso para los que han de venir, dentro de breve ó largo tiempo, con el puro amor del arte en el fondo del alma».

Por otra parte, el carácter singular de su estilo complejo y alborotado como una cabellera de Medusa; que se retuerce en ondulaciones múltiples; que se contorsiona como un epiléptico; que gira en un hermoso desconcierto, movido al mismo tiempo por asuntos baladíes como por grandes ideas y hondos sentimientos; que vibra de diversos modos, con sonoras y exquisitas vibraciones; que ilumina fugazmente, con fulguraciones eléctricas, al choque de pensamientos opuestos; que se deshace en ondas luminosas de duración efímera; todo el conjunto de heterogéneas rarezas que constituyen el carácter propio del estilo de Víquez, es el efecto producido sobre su naturaleza impresionable por nuestra civilización contemporánea, á la vez intensa, complicada y vertiginosa, que por el progreso casi fantástico que ha realizado, tan pronto nos trasmite en alas maravillosas de la electricidad los avances de la Ciencia y del Arte, como nos trae el mensaje de las cuestiones palpitantes que conmueven en cada minuto las sociedades modernas, y nos transporta en el vientre de los automóviles, con la velocidad del viento, de un punto á otro de la tierra, haciendo pasar nuestro espíritu, con la misma rapidez, por los estados de ánimo más variados y sutiles, tanto más radiantes cuanto más sensible y vibradora el alma que los siente.

Tobías Zúñiga Montúfar

Era un poeta

A la memoria de Pío Víquez

Voy á escribir unas cuantas columnas dedicadas á ese artista delicioso que Costa Rica acaba de perder, porque, además de haber sido un profesor á quien debí unas palmadas en el hombro en recompensa de esfuerzos de estudiante, le pude admirar de cerca en su gabinete de trabajo y le consideré siempre como una individualidad encantadora que tenía por misión turbar nuestra sempiterna monotonía con las agudezas de su pluma.

¡ Qué tema será su vida para un análisis sincero y meditado ! Que otros lo realicen. Que otros, con todos los datos que se necesitan; con informes personales de sus íntimos, con su libro de versos sobre la mesa, con la colección de *El Heraldo* á mano, y con reflexión madura sobre sus méritos y defectos, después de trascurrido algún tiempo para medir el campo que ocupaba, dicten ese fallo imparcial que él merece y que allá arriba su espíritu no puede temer, porque amó la verdad y rindió culto á la belleza.

No conocí á sus padres y poco sé de la primera mitad de su vida. Era hijo de Cartago, pero no de la antigua y brumosa metrópoli, sino de ese valle florido, regado por el Reventazón y decorado por bosques vírgenes y espesos. Hizo Víquez muy buenos estudios de segunda enseñanza. Emprendió la carrera del derecho que no llegó á coronar, pero de la cual conservó las grandes líneas. Se dedicó desde temprano al magisterio. Dió clases primero de gramática y luego de retórica. En esa época hizo los primeros ensayos poéticos que le dieron á conocer. En esa misma época encuentra un verdadero maestro de filosofía y de literatura que trató de disciplinar su caprichosa inteligencia y de encauzar su inspiración. El maestro Zambrana recibía sus largas tiradas de versos ardientes en que el fondo era sacrificado á la sonoridad, y sin piedad las arrojaba al cesto de papeles inútiles. Además prohibía las letras de molde como prescripción higiénica. A la manera de un árbol vigoroso que plantado en tierra fecunda no puede contenerse dentro de ciertos límites, estas podas artísticas sólo sirvieron al discípulo para decidirlo más tarde á abandonar las rimas, de las cuales huía después como de un mal pensamiento. Quedó la fogosidad y la incorrección. Pero de esta escuela, fundada sobre bases de amistad, como las antiguas academias, y donde se dogmatizaba un poco y se leía mucho, salió Víquez acorazado de temprana experiencia y con más amplios horizontes. Grecia, la España del siglo XVI y Francia, le enseñaron en sus libros de oro los modelos de arte universal y sus peculiares gracias.

Fué después profesor de derecho público é internacional por algunos años; y ya siendo hombre formado y literato conocido entre nosotros, le tocó en suerte

peregrinar por la Jefatura de la Imprenta Nacional, por la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, y, al fin, por los campos del periodismo que enaltecía y que no abandonó sino ayer.

Sus viajes, si mal no recuerdo, fueron realizados en 1885 y otro dos años más tarde. Primero cuando acompañó como Secretario al Ministro de Costa Rica ante el Gobierno mejicano; y luego, cuando, en la comitiva del Presidente Soto, recorrió Nicaragua, del cual paseo hizo una relación humorística.

Esta es, á grandes rasgos, su biografía. Yo no voy á contar de esta vida más que algunas anécdotas; á esbozar este cuadro, que imagino de brillante colorido y de gran naturalidad, y á señalar en él las líneas que ponen de relieve su mérito intrínseco.

Pío fué un poeta, nada más que un poeta, un verdadero poeta.

Definámoslo. Para llamarse poeta, es preciso poseer gran sensibilidad, esa luz que guía todos los actos, que hace apartar nerviosamente lo bajo y lo feo, que da el inapreciable dón del buen gusto. En su alma la alegría y el dolor hallan mayor cabida que en las otras, se dilatan más. Esa alma vibra y el artista siente la necesidad de expresarse. Se ha dicho que la naturaleza lo instruye, que le refiere, como al famoso derviche, la lengua de los pájaros, y que le hace apreciar en su valor el encanto del perfume, del vuelo, y la gracia de la belleza femenina.

Cuando sus pensamientos salen á luz, ya sea en rimas ó en prosa, tendrán siempre un sello distinguido.

Es corriente decir que los hombres animados de esa chispa divina, pasan entre la multitud sin ser comprendidos, porque no hablan la misma lengua. Sea; pero, aunque parezca contraste, sus actos, desde los más graves hasta los más pueriles, como presentan cierta originalidad, son queridos y recordados por todos.

Pío Víquez era un poeta.

Nunca pude conseguir su colección de versos. Leí algunos aquí y allá en diarios y revistas; no intentaré, pues, juzgar esas labores, que aunque tienen defectos de forma, le conquistaron legítima fama á su autor.

Una vez, en una reunión de íntimos, á petición reiterada de algunas damas, recitó su soneto «La ingratitud,» que acababa de ser reproducido en «La Revista Nueva.»

Aun me parece oírlo. Recitaba con voz clara, prolongando ciertas palabras, acentuando otras, ora con entusiasmo, ora lenta y dulcemente, según lo exigían las ideas. No era un declamador, sino el padre cariñoso de sus fantasías. Su actitud no carecía de elegancia y poseía una gran naturalidad.

«Una blanca paloma de Castilla,
joven, muy joven, vino á mi morada»
. . . . . .
«de amor la dí la explicación primera,
en las ramas de un mirto la hice nido
y fué para ella mi pasión sincera»
. . . . . .

No hemos olvidado aquella palabra cariñosa, aquella palabra vibrante de esa *soirée* con que se dolía de la traición del ave que Venus adoraba y que es emblema de fidelidad en el amor.

A una de sus discípulas le dedicó, como premio de aplicación y como ofrenda á su belleza, dos primorosos sonetos gemelos.

No sé si fueron publicados, ni creo que él se ocupara más de ellos, pero esos versos se grabaron en la memoria de la inspiradora y el manuscrito se conservó siempre como reliquia en la cartera del caballero que dió su nombre á esa dama.

Ahora pregunto: ¿cuántos gramáticos que aspiran al título de poetas, cuántos honestos versificadores, impecables, han logrado semejante honor?

Cuando abandonó á los *jóvenes* el metro y la rima, se entregó por entero á las tareas de «El Heraldo de Costa Rica;» su Heraldo, que nunca pudo ser el representante de la opinión pública, ni seguir la línea media que aconsejan el vulgo prudente y el tino político, por lo mismo que era como la voz, como el alma voluble de Pío Víquez.

Diez años duró esa empresa á través de las peripecias más increíbles, cuando nadie le habría augurado diez meses de existencia. En cuanto á la organización interior del diario, á lo administrativo, nunca lo desveló y cuando en varias ocasiones se vió forzado á ocuparse en ella, llegamos á oír esta frase: «El Heraldo se hace por sí sólo.»

¿Qué plan político tuvo ese diario?

¿Qué conjunto de ideas formaron su programa?

¿Qué reformas sociales ó administrativas pretendió establecer? ¿Quién pudiera decirlo? Víquez no lo sabía. El Heraldo se acomodaba á las circunstancias de nuestra vida diaria, sin pretender marchar á la cabeza como su nombre parecía indicarlo. El Heraldo coqueteaba con los gobiernos ó se enfadaba con ellos sin que las causas existieran ó sin que fuese fácil discernirlas. Así, pues, la acción política de El Heraldo es nula ó de poca consideración, porque si se me dijera que fué siempre buen liberal, buen soldado del progreso, objetaría que, por algunas exageraciones de polémica, estuvo á punto de comprometer los principios que defendía, no sólo en el interior, sino también en el extranjero, y, finalmente, como él era incapaz de someterse á la disciplina, ningún partido podría gloriarse de contarlo en sus filas.

¿Cuál fué, entonces, la utilidad de El Heraldo? Creó en Costa Rica una legión de lectores y demostró por este solo hecho la noble tarea de la prensa del porvenir, de la prensa bien inspirada, tenaz y propagandista. Estableció entre todo un pueblo y un hombre una corriente de simpatía casi familiar; y, como dijo sobre cada asunto lo que pensaba, ó dejó ver lo que no le convenía decir claro; como brindó por los grandes sucesos del mundo ó del país; como supo poner de bulto sus sentimientos y sus afecciones, descubriendo á veces el fondo bondadoso de su alma; como todo está guardado, coleccionado allí, El Heraldo es, ya lo han dicho otros, la imagen exacta de su personalidad, con toda su simpatía y sus veleidades.

No se podría sostener que la prosa de ese diario obedece siempre á las leyes académicas ó tenga estilo literario. Víquez, que no profundizaba los asuntos, ni recurría á las bibliotecas para obtener datos ó recoger ampliaciones, menos se detenía aún en las dificultades de la forma. Escribía *á la diabla*, sobre las primeras cuartillas que caían bajo su mano y, aún tibias por la inspiración, las enviaba como material para la imprenta.

Su prosa, pues, no lleva más galas que las que le dió la naturaleza; se nos presenta en completo *negligé*, vestida con esos adorables peinadores que recuerdan las túnicas griegas y con los cuales se presentan sólo las mujeres que están seguras de sus formas.

Era su estilo tan personal que al leer sus artículos, así los que tenían pretensiones de crítica política, como el más insignificante aviso, *reclame* de un al-

macén diminuto que su imaginación suponía tienda oriental ó bazar parisiense nos parecía oírlo, oír su charla llena de abandono, animada de cuando en cuando por su risa alegre ó por una que otra impetuosidad.

Cuando el sentimiento le ponía la pluma en la mano; cuando tenía que hablar de las mujeres ó de los niños, ó lamentarse de sensible muerte que pudiera recordarle sus heridas propias, ó, en fin, cuando en rara ocasión pudo gozar de algún espectáculo teatral que conmoviera sus fibras y consolara su nostalgia de artista, entonces dibujaba miniaturas exquisitas, descubría tesoros, daba con la frase entera, con el adjetivo ingenioso, con la palabra precisa.

Citaré algunos ejemplos:

Le oí decir un día pintando á una mujer bella: «Es un tipo de Cleopatra que hace á Costa Rica reventar de ufana. Es el resumen más acabado, pulido y hermoso de dos familias bellas, mejor dicho, de dos generaciones que en ella se han perfeccionado.»

Haciendo votos por el restablecimiento de una niña enferma que era tan delgada como vivaracha: «Nos alegramos en el alma de la mejoría de Clemencita, ese *alfilercito de oro esterlino* que poseen nuestros amigos, etc.»

«La alondra de Costa Rica, la alondra que ama la luz de Febo, que ama el arte y que es dueña del trino inefable.» Todo eso aplicado á una joven que con justicia pasaba por ser la primera cantatriz del país.

Una de sus últimas crónicas, publicada hace algunos meses, en que daba cuenta de la representación de *Carmen* en la ópera, era tan ingeniosa al relatar la muerte de la protagonista, que estoy seguro logró dar la sensación rara y dramática que se propuso, No se admira allí éste ó el otro párrafo, sino la malla flexible del estilo tan fina como « el tejido de seda y rosa de la muchacha que desgarró el puñal loco del asesino.»

¿Quién no recuerda aquella exclamación á la muerte de una estimabilísima señora: «¡Ah infeliz! los mármoles en que los hombres labraron divinidades falsas han sido menos infortunados!..... Después de siglos aun nos seducen con sus núbiles contornos ó nos elevan con sus actitudes olímpicas. Tú saliste, joya escogida de las manos de Dios, del taller incomparable del verdadero artista, y mientras que la estatua de Milo nos sorprende con sus líneas blandas, tú, deidad viva, te rindes y te apagas en los negrores de la noche.»

Repetiré que tuve la dicha de ser su discípulo en la Escuela de Derecho. El profesor tenía los mismos defectos que el periodista. Observábamos la misma falta de método, la poca preparación diaria, la inconstancia en la asistencia sobre todo; verdad es que tenía que dar la clase á una hora reñida con sus costumbres (las 7 de la mañana) y que, además, siempre tuvo cuidado de explicar su ausencia con los pretextos más variados y fantásticos.

No era, pues, el profesor modelo que hubiera podido disciplinarnos, ni tampoco hacía esfuerzos para explorar rigurosamente la materia.

Pero, en cambio, qué agradables eran sus lecciones y qué grato me es recordarlas aún. Nos inculcó el amor á la ciencia sin pretender enseñarnos todos sus secretos. Nos daba, como artista que era, la descripción general, valiéndose de la perspectiva y del claro-oscuro, y nos enviaba á los libros para todo lo que fuera detalles.

Por vía de estímulo nos ordenó á sus tres discípulos de 1891 la preparación de tesis sobre varios puntos de derecho público, ofreciéndonos publicar en su Heraldo la que juzgase mejor. No publicó una sola sino las tres. Así evitaba rivalidades y decepciones, dijo, y creaba un vínculo entre el maestro y sus buenos amigos los alumnos.

En otra ocasión nos habló de los males de la guerra y trazó un cuadro histórico lleno de verdad y de interés. Después, dejándose llevar por su endiablada fantasía, hizo la pintura de Costa Rica, *potencia de primer orden.* «Este país puede llegar á ser tan fuerte como la Grecia antigua ó como la Francia moderna, con tal de que engendre Pericles ó Napoleones. Oh! si ese caso llegare, podríamos, por ejemplo, bloquear á Inglaterra, por qué no? ó bien enviar nuestras escuadras mortíferas á las aguas del Mar Amarillo para obligar á la gran China á darnos un filón de su tesoro y traeríamos provisión de té, sedería y abanicos.....» En este estado (estilo judicial) entra el Presidente del Colegio de Abogados, persona grave é investida con el cargo de visitador de las clases. Víquez cambia de tono y con la mayor frescura nos dice: «Decíamos, pues, señores, que el arbitraje se impondrá tarde ó temprano al mundo. Que los pueblos se verán como miembros de una sola familia ó como familias avecindadas y que obedecerán á una sola ley y trabajarán con el solo fin del perfeccionamiento de la especie humana.» El señor Presidente, á pesar de su inmovilidad característica, aprobaba con una ligera inclinación de cabeza. Nosotros no podíamos contener la risa, admirando la salida oportuna, el tacto y el aplomo del querido profesor.

De su vida privada nos queda sólo una página, pero ella vierte una luz intensa sobre su alma.

¿No es ante el dolor cuando descubrimos todo nuestro sér, sus aspiraciones, sus recuerdos y su filosofía? El poeta francés lo dijo: los gritos del sufrimiento serán siempre los más humanos.

Pío, que llevaba una vida llena de distracciones, que adormecía su espíritu con caprichosas quimeras, que mereció, en una palabra, el título de *bohemio intelectual*, título que le dábamos con respeto y con cariño, sufría horriblemente ante las desgracias de la vida y soportó las peores, las que son irreparables: *la muerte de los pedacitos de su corazón.*

Yo le acompañé la noche en que murió Julio. Entristecido le escuchaba sollozar, sí, sollozar como una mujer ó como un niño; y en medio de sus lamentos, recobrando la serenidad, describir así á su pequeñuelo: «Julio era un príncipe! Era un tipo de raza superior! Era un niño admirable! Sus ojos azules, tan bondadosos, eran el espejo de su alma. Era una estatua de marfil. Era tan bello que me admiraba á veces de ser su padre!»

Julio reposaba en su ataúd blanco, casi cubierto por las flores. Su semblante alabastrino, afilado apenas por la muerte, tenía, en efecto, gran distinción. Era un gallardo adolescente, hijo del ensueño y viviente demostración del buen gusto de su padre. Esa noche presenciamos un horrible triunfo de la muerte y el reto que ella lanzó á un hombre capaz de comprenderla en medio de su debilidad moral.

En síntesis, Pío en sus escritos y en su vida nos dió claras pruebas de la excepcional sensibilidad de que hablamos al principio. Cuántas veces, en el rincón de una mesa y con un lápiz mal tajado, supo descubrir y labrar joyas de verdadera poesía, de aquella que Alfredo de Musset pintaba así:

Chanter, rire, pleurer seul, sans but, au hasard
D'un sourire, d'un mot, d'un soupir, d'un regard,
Faire un travail exquis, plein de crainte et de charme,
¡Faire une perle d'une larme!

Alejandro Alvarado h.

París, 9 de Junio de 1899

Sobre lá tumba de Pío Víquez

Así, de cuna humilde, mas de tono
aristocrático en talento y gusto,
al Pindo patrio un paladín robusto
llega y escala el reluciente trono.

Canta y esgrime, con el abandono
de aquel que sabe que su triunfo es justo;
y de su dardo, ya burlón, ya adusto,
tal vez queda lesión, jamás encono.

El porte regio, altiva la mirada;
y allá en el fondo, la canción que vierte
un arpa dulce que pulsara un hada.

La muerte así lo acometió con ira,
y él, sorprendido por la aleve muerte,
se fué y á nadie le dejó su lira.

Félix Mata Valle

París, 21 de Diciembre de 1901

Señor Doctor don Rafael Machado Jáuregui

Mi querido amigo:

He tenido el gusto de recibir su amable carta del cinco de Noviembre. En ella me recomienda V. que no me olvide de *El Heraldo*, y como la recomendación de un amigo tan bueno y tan galante como V. es para mí una orden que me complazco en acatar, le encamino estos renglones, escritos de prisa para no perder el correo de hoy.

*
* *

En los buenos tiempos en que me dió la ventolera de ser periodista, *El Heraldo* tuvo siempre para mí sus puertas abiertas, y aquel excelente y festivo muchacho que se llamó Pío Víquez, nunca titubeó en facilitarme las columnas de su diario, cualesquiera que fuesen las circunstancias y aun cuando mis ideas estuvieran en pugna con las que él defendía á la sazón. Y si la memoria no me engaña, entiendo que hasta algún disgustillo le causó esta hospitalidad sin límites; pero Pío Víquez, bajo apariencias flexibles, tenía un indomable espíritu de independencia, que á menudo estallaba en violencias neuróticas ó finísimas ironías que no estaban al alcance de todos. Pío Víquez tenía la noble altivez del verdadero artista que sabe lo que vale y nunca se doblega completamente, acabando siempre por rebelarse contra las genuflexiones que suelen imponernos las necesidades amargas de la vida. A estos movimientos irresistibles de un noble carácter, llamaban en vida de nuestro malogrado é inolvidable amigo: «las cosas de Pío Víquez.»

En realidad, en Pío Víquez había dos hombres muy distintos: el que veía y juzgaba el vulgo con tanta ignorancia como injusticia, y el genial escritor, el artista refinado, el conversador chispeante, el nobilísimo amigo que sólo conocieron y apreciaron bien los que tuvieron la dicha de penetrar en su intimidad. Pío Víquez tenía el alma y los instintos de un aristócrata, circunstancia que debía traerle más de una enemistad en país tan democrático como el nuestro. Las vulgaridades lo enfermaban, lo sacaban de quicio; quería que todo fuera elegante, correcto, espiritual. La tontería humana, sobre todo, lo exasperaba. Usted que tanto lo quiso y tan bien lo conoció juzgará si este ligero esbozo se asemeja á nuestro Pío Víquez, al que V. y yo conocimos, al verdadero, al hombre que en cierta época de la Administración Rodríguez encarnó el espíritu de oposición con notable valor y entereza, en momentos en que tantos otros se resignaban descorazonados.

Ricardo Fernández Guardia

(De *El Heraldo* de 26 de Enero de 1901)

PIO VIQUEZ

No nos agrada este homenaje. Flores, flores lozanas como su ingenio, para que se marchitaran con su cuerpo, hubiéramos querido derramar sobre el cadáver del poeta inolvidable. Escribir acerca de él ahora, cuando aun vibra en nuestros oídos el timbre de su palabra chispeante, cuando todavía tenemos vivas en el recuerdo sus últimas geniales paradojas con el acento mismo en que las expresaba, original y atrevido; escribir acerca del infortunado artista, cuando su personalidad admirable palpita aún con intensidad que el dolor de su pérdida acrecienta, es tarea imposible.

Mañana, cuando el tiempo haya desbastado las aristas cortantes de nuestra pena y podamos contemplar su figura con la calma que ahora no tenemos, quizá digamos todo lo que valía aquel espíritu singular.

Fué Pío Víquez pensador original, de vasta ilustración y talento grande. Poeta exquisito, escribió en su juventud versos sentidos y hermosos, que toda la prensa hispano-americana reprodujo siempre con admiración y aplauso.

Pero lo que de él vale más es su prosa. Prosa única en Costa Rica, de factura admirablemente artística, inimitable, repleta de pasión y humorismo.

La historia íntima de Pío Víquez es una historia de tristezas profundas, de melancolías dantescas. Para los que la conocemos no es un enigma aquel carácter que el vulgo no llegó jamás á comprender. Indiferente á la comedia de la vida, iba por el mundo, con la fiebre de sus dolores inmensos en el alma, fijos los ojos en la muerte, en cuyo tibio regazo por fin descansó.

Deja escritas muchas páginas magníficas. De *El Heraldo de Costa Rica* podría sacarse material para un libro muy bello. *La Revista* lanza una idea de hacer una suscripción pública para editar ese libro. El material que en él debe figurar puede ser escogido por los señores Doctor don Rafael Machado, don Justo A. Facio y don Aquileo J. Echeverría, por ejemplo. Cuanto á la suscripción, queda desde hoy abierta en la redacción de *La Revista*, en cuyas columnas serán publicados los nombres de las personas que á la realización de esta idea quieran contribuir.

Ernesto Martin

1º de Mayo de 1899

PIO VIQUEZ

«¿Por qué suspiras, paloma? ¿Por qué estás triste, torcaz?»

Si preguntáramos hoy á la melancólica avecita del bosque por qué suspira, por qué está triste? Con justicia nos contestaría: ha muerto mi poeta, ha partido para siempre mi cantor. ¡Ay huérfana triste, como tú, inconsolables estamos todos! La muerte de Víquez tiene sitio en el campo de lo irreparable. Si se hundiera la Alhambra de Granada, si se destruyera el Alcázar de Sevilla, todo el oro del mundo no bastaría para reponerlos. Se levantarían iguales, mejores los edificios; pero ya entre sus paredes de filigrana, no vagarían calladas, como aves dormidas, las dulces notas de las guzlas que acompañaron las canciones de las árabes princesas, ni serían sus salones y sus jardines, joyeles ricos que guardaran la pedrería deslumbradora é inimitable de amorosas leyendas, sólo susceptibles de ser pintadas mojando el pincel en la paleta policroma de las *Mil y una noches*.

Lo único, es irreparable, y Víquez era único en su género. Lleno de modestia hubiera podido como Musset decir: mi copa es pequeña, pero es mi copa, y digo de modestia, porque la suya, como la del doliente cantor de Rolla, estaba muy lejos de ser pequeña, tenía altas proporciones artísticas y cincelado inimitable. Y qué copa! No era un trabajo de Benvenuto Celini, porque hubiera sido uniforme, ajustada á un estilo, llevaría el sello de la misma mano. La del poeta costarricense fué cincelada por muchos y muy hábiles orfebres. Tenía bastante del genio griego; más del griego pagano que de ninguno; pero había en sus cinceladuras cortes romanos, árabes y no pocos del espíritu francés de nuestros días. De todas maneras, por su predominio de arte helénico, hubiera podido esa copa figurar en un festín del Parnaso y libar en ella el néctar rubio de las uvas blancas, la diosa Venus, eterno símbolo de la hermosura eterna.

El sello peculiar de su exótica literatura, del cual se ha roto para siempre el troquel, apenas se dibuja vagamente en sus versos; pero marca con caracteres indelebles su delicada prosa. Este fenómeno tiene fácil explicación. Sus inspiraciones, casi todas, nacieron en medio de la gestación de su personalidad intelectual, cuando aún las líneas de su figura literaria no habían alcanzado su pleno desarrollo. Por eso sus versos antiguos, no alcanzan sino á patentizar su elevado temperamento artístico, su exquisita sensibilidad; y sobre todo su admirable oído de poeta. Víquez era un eterno enamorado de la melodía. Sus mismas prosas tienen un ritmo que parece canto. Era un sinfonista delicioso. Pocas veces

tenía las notas tempestuosas de Wagner; se inclinaba más á las tiernas de Chopín; aunque su tenor habitual eran las alegres, chispeantes y semi-jocosas de Rossini. Entre sus versos sólo unos encuentro que respondan á su originalidad, aunque todos están ungidos con el óleo de lo bello: *Oscuros de Insomnio,* prodigio de métrica y, sobre todo, urna en que se guarda la más pura esencia de la verdadera poesía. Es necesario leerlos, leerlos muchas veces para encontrarles el ritmo. La tarea no es penosa, hay tal encanto en las ideas allí expresadas, tanta novedad, tanta delicadeza, que lo que cuesta trabajo es dejar el periódico sin haber leído la poesía muchas veces:

"¡ Oh bella musa ! consuelo de los que sufren,
en vano quieres ampararme con tu gracia;
están abiertas mis heridas; ancha hoja
clavó el destino, sin piedad, en mi costado.

Pero si anhelas que tornen mis alegrías,
¡ ay ! vuela entonces á donde los sauces gimen,
rompe las piedras que mi corazón estrujan
y haz que mis hijos, como Lázaro, levanten !"

No se puede expresar una honda angustia, una profunda pena con más sencillez, con más intensidad, ni con más poesía. Hay en esas estrofas un sabor bíblico admirable, y una novedad en la forma, sin ejemplo. Esos versos representan á Víquez, ese renegado eterno, de pique constante con los principios absolutos de la retórica y las exigencias de la gramática. Sus alas gigantescas pedían para su vuelo los límites sin límites del espacio y no las estrecheces de una jaula de hierro. Lástima grande que la muerte segara la vida del poeta, antes de que hubiera podido plantar en su jardín muchas flores como esta, que hoy segaríamos los amigos y los amantes de lo bello, para que sobre su tumba obstentaran sus corolas inmarcesibles, regadas todos los días con el llanto de nuestro cariño.

Decíame un amigo mío, no hace mucho tiempo: «Cada vez que leo *El Heraldo* me parece que recibo una visita de Pío Víquez.» Gran verdad por cierto. No ha habido nunca, ni creo que haya fácilmente, un periódico más personal. La charla sabrosa y picante del poeta, sus frases pintorescas aparecían en su diario como en su conversación. Era, por lo tanto, un periódico alegre, con fondo, muy vedado, de profunda tristeza. Víquez era un verdadero humorista y sabía reir siempre, dejando asomar entre los pliegues de su risa, unas gotitas de ajenjo. Se burlaba de la vida con gracia inimitable, y sus sátiras de apariencia local, personal muchas veces, eran, sin embargo, universales como las del autor de la *Feria de Plundersvreir.*

Su eterna burla iba encuadrada en una prosa epiléptica, llena de contorsiones y rarezas como los movimientos de un clown; pero graciosa, atrayente y muy original. Víquez retorcía entre la punta de su pluma la lengua castellana, como si jugara con cinta de oro. No se preocupaba de las reglas gramaticales; pero tenía un temperamento tan intensamente artístico que sus caprichos resultaban deliciosos. Rara vez arrugaba el entrecejo y reñía con la guasa, aunque al hacerlo era exquisito. Sólo la muerte borraba de sus labios la eterna risa. Cuando esa pálida virgen entraba en el hogar de uno de sus amigos, Víquez guardaba sus notas alegres y era un soberbio elegiaco. Resucitaban en su alma los grandes dolores de su vida: la muerte de Graciela, la muerte de Julio, los dos niños desaparecidos como tardos capullos que sorprende el invierno antes de abrir la plenitud de sus corolas á las caricias del sol; sentía entonces *la ancha hoja que clavó*

el destino en su pecho, y transfigurado por el dolor, regando con lágrimas su prosa, sabía llegar á lo más profundo del alma.

Agobiado por la cruz del periodismo no pudo dedicarse á una obra de largo aliento, que hubiera podido hacerlo inmortal. A la inversa de Saturno, fué devorado por su propio hijo. *El Heraldo* consumió sus energías. Diez años de diarismo recogieron las flores de su ingenio; flores bellísimas que, desparramadas al acaso, no pueden hoy formar un ramillete.

Pensaba en una gran obra de crítica religiosa; pero se contentó con bosquejar el plan y discutirlo con sus amigos; ni una plumada llegó á las cuartillas. No deja, pues, ese ingenio, sino trabajos muy bellos, admirables, pero que no sintetizan su interesante personalidad literaria.

Nació Pío Víquez el año 1850. Tocaba los últimos linderos de medio siglo; pero por su carácter jovial, su buen humor y su corazón sencillo, contaba apenas cinco lustros, tenía la eterna primavera de las almas buenas. Su boca, flecha siempre armada para lanzar los dardos de su burla contra la vida, murió virgen de crónica escandalosa; los «ecos de sociedad, que ruedan á la mesa de un café» se detenían antes de llegar á su mesa. La inocente broma, el cándido pasatiempo, salpicados por su gracia, hacían que á su lado corrieran las horas sin sentirse. Los granos picantes de su ingenio solían cosquillar sobre la piel de alguno, pero ni penetraban hondo, ni dejaban huella. Eran arañacitos de gata mimada. Así se explica que no tuviera más que un enemigo: él mismo! Siempre que se pudo hacer daño se lo hizo. Felizmente no le importaban las murmuraciones. Hacía girar su opinión como una veleta, sin preocuparse de los decires mundanos. Era voluble para todo, menos para la amistad. Cuando sus descuidos, hijos de sus mismas rarezas, hacían que, sin advertirlo, hiriese á un amigo, su dolor no tenía límites, y sus satisfacciones tan sinceras, tan públicas, tan nobles, borraban hasta la sombra inapreciable del rencor que se le pudiera guardar.

Víquez era generoso como nadie, Derrochaba su dinero y su talento. Urdía fina tramas de exquisitas frases para todos sus amigos, toda vez que hallaba ocasión de hacerlo y tenía en su mesa siempre un asiento para aquellos á quienes amaba. Las clases sociales no torcían el torrente de su prodigalidad; tenía amistades en todas las esferas y para ninguna tenía distinción. Sólo así se comprende que la noticia de su muerte cayese como una bomba. Todos, sin faltar uno, sentimos su partida. Los que comulgábamos en la misma mesa del arte con él y fraternizábamos con su espíritu bueno, esos, sentimos como si un rayo nos hubiera partido el corazón. Su ausencia ha encresponado nuestra pluma y entristecido nuestras horas. ¡Que la paz en el sepulcro lo acompañe y que la gloria en el porvenir lo corone! Entre tanto, pobres nosotros que lo vimos partir!

Máximo Soto Hall

Mayo de 1899

PIO VIQUEZ

Sin vana adulación, sin falsa lisonja, la cual es generalmente ridícula y siempre tiene la sonoridad de lo hueco, se puede afirmar *urbi et orbe*, que Pío Víquez tenía el vuelo de los mejores cronistas y periodistas de los países que tengan los mejores.

Ah! bien podeis reprochar á ese hombre cuanto querais en el ejercicio de su sagrada profesión, inconstancia, veleidad, etc., esas son los pulgas del león. Pero alguien que haya conversado cinco minutos con Pío, no ha podido sino sentir en él un espíritu sencillamente superior—sin más. Quiero decir, alguien que sepa lo que es eso: un espíritu superior, porque la primera condición para ver es tener ojos.

Pío Víquez era periodista nato, y ejerció su alta profesión con la frescura con que un pájaro atraviesa el horizonte, y con esa eterna alegría que, según la condesa Diana, es la limosna del hombre de talento.

Pío era letrado puro, era poeta, el desgraciado! Lo que la vida del poeta tiene de irremediablemente triste es que la riqueza de su espíritu causa la felicidad de los otros, y engendra la desgracia de su propia existencia. El poeta es como la vela, que alumbrando á su rededor, se consume. El verdadero artista, ungido por Dios, lleva siempre una profunda é incurable herida en el flanco: la convicción de que este Todo es igual á Nada. El poeta vive en esta alternativa: mira, sonriente y placentero, del lado de los hombres, y les dice, á la manera del personaje bíblico: He ahí mi talento, mi alma, comed y sed felices. Y volviéndose luego hacia el interior de su alma, rompe á llorar. Mas, en realidad, no hay que apiadarse de su suerte, pues si hay un sér feliz en el mundo, ese es el artista. El poeta es el único mortal que comprende las inefables armonías y las sutiles bellezas de la creación. Y teniendo la facultad de conferenciar con Dios, es como aquel guerrero griego que, después de anunciar la buena nueva, cayó muerto. El poeta roba al cielo el fuego sacro, pero muere en él. A pesar de eso, se siente feliz en lo profundo de su infelicidad:

> Es la tristeza mi más adorable amada,
> y mis pesares, las joyas que más estimo;
> ¡oh maga!, sólo cuando mi llanto se agote,
> paz tener quiero, la que nos brinda la muerte!

Así dice Pío, y es verdad. La mejor recompensa del dolor del vate es su propio dolor. Conocer las leyes misteriosas de la Naturaleza es su principal veneno, y al propio tiempo su único sostén. Por eso, lo que caracteriza al verda-

dero poeta es un sentimiento intenso de piedad, que en los espíritus vulgares sería de desprecio hacia los hombres, porque no gozan de la facultad de ver y oir las bellezas y las armonías del universo: ¡Pobres imbéciles! dice, y continúa su calvario del ideal. La función del poeta podría representarse como la de un guía en las turbas humanas que en una noche oscura y por un camino escabroso, llevara su linterna en la espalda. Los que marchan detrás ven el buen camino; pero el guía cae, se hiere, se levanta y continúa su marcha, imperturbable y ensangrentado!

Pío era uno de esos desgraciados! Como todo espíritu superior, Pío Víquez era un apasionado protector de los talentos nacientes. En este sentido, la intelectualidad de nuestra patria le debe mucho. De una manera ó de otra, todo joven que actualmente piense y escriba con algún mérito le debe algo á Pío. Es preciso que la juventud costarricense no olvide eso, é inscriba el nombre de Pío Víquez en la lista de sus bienhechores. Algún día habremos de hablar de los que conviene poner en la de sus malhechores.

Ramón Zelaya

16 de Mayo de 1899

NOTA:—¿No sería posible, sea por suscripción nacional, sea por contribuciones de amigos, colocar un busto de Pio Víquez en el Parque Nacional? Si un comité se constituyera para ese fin, creemos que las contribuciones lloverían de todas partes del país.—R. Z.

Una Violeta

En gratas horas de paz
Troqué yo mi negro hastío
Leyendo versos de Pío,
El cantor de *La Torcaz*.

Vi asombrado cómo hacía,
De sus más rudos dolores,
Brotar perfumadas flores
Su expléndida fantasía.

El tuvo numen fecundo
Y alma digna, por lo bella,
De habitar en una estrella
En vez de errar por el mundo.

Su corona, conmovida,
Hoy teje la amistad fiel.....
La corona de laurel
Que debió ostentar en vida.

Pero yo tan sólo intento
Llevar al dulce poeta,
En esta humilde violeta,
Oculto mi pensamiento,

José María Alfaro Cooper

Agosto de 1904

PIO VIQUEZ

VITA MISERO LONGA, FELICI BREVIS

Un lacónico nombre acompañado de una más lacónica frase, ha sido el material único; pero bastante, demasiado quizás, que ha formado hoy el tema obligado de todos y cada uno de los habitantes de este puerto: ¡ Pío Víquez ha fallecido !

Cuando se le creía, lápiz en ristre sobre desiguales tiras de papel, llenándolas con su juguetona prosa, con aquella naturalidad y, puede decirse, *sanfasonería* de su uso particular, que tan marcado estilo le creó: suelto, sin aliño, sin frases rebuscadas, sin ampulosidades y hasta sin absoluta sujeción á las reglas del arte, de puro fácil, de puro corrido que rasgueaba aquellas tiras, intermediarias de su cerebro fecundo, á su tan aceptado diario; cuando se le creía, repito, formulando sus graciosos é intencionados artículos de extraño corte, parafraseados, miscelánicos, que intitulaba *Información y crítica*, el telégrafo, como para imprimir más la nota de la ansiedad dolorosa y avivar el interés y la curiosidad por los detalles nos dice secamente: «Pío Víquez ha muerto».....

¿ Quién en Costa Rica no lo conoció? ¿ Quién no tuvo la ocasión de tratarlo y prendarse de aquel carácter, todo esparcimiento, todo juventud, todo amistad ?

He ahí por qué todos lamentan sinceramente su prematura é inesperada eterna separación, y por qué todos, consternados, repiten: «¡No era tiempo aún!»

Cuando el 1887, formando parte del grupo de amigos íntimos del entonces Presidente de esta República, don Bernardo Soto, llegó á Nicaragua, lo conocí en lo personal y lo traté en lo literario con motivo de su «*Relación del viaje del señor Presidente.*».....

En él se cumplió, con toda fidelidad, aquello de «Natural y figura».....

El Pío Víquez que entonces conocí, personal y moralmente considerado, fué el mismo que aquí encontré diez años después.

En nuestras relaciones como *corresponsal* de su periódico, muchas y muy marcadas muestras me dió de su generosidad y de su cariño. He ahí por qué tan de veras deploro su fallecimiento.

¡Cuánta falta va á sentirse en la República de las letras, en el campo del periodismo, en el corazón de sus amigos!

Se ha dicho siempre que «la hierba crece sobre la tumba de los muertos menos de prisa que el olvido.»

No se cumplirá, estoy seguro, tan terrible, tan pesimista máxima, tratándose del que al desaparecer, borra de la gran lista de los vivos la línea en que estaba escrito: *Pío Viquez*.

Y con tal fe, vayan para su dulce y desgraciada compañera, mis frases de sincera condolencia y, para su alma, mis ruegos al Creador.

Puntarenas, 11 de Marzo de 1899

J. de Dios Matus

El Heraldo, 14 Mayo 1899

PIO VIQUEZ

(APUNTES)

Pío Víquez era una personalidad originalísima, lo que, de manera más gráfica, suele llamarse un *tipo*. Fué maestro de escuela en sus mocedades, en Cartago, de donde era oriundo, ó en Ujarraz, no lo recordamos ahora, y no comenzó á darse á conocer sino cuando ya era hombre hecho y derecho y cuando, impulsado por sus aspiraciones y venciendo muchos obstáculos vino á San José á ocupar también una plaza de maestro.

Aquí se hizo notar pronto por su vivacidad, acabando por conquistarse fama de talentoso y de muchacho de porvenir. Pero entonces el lado que mejor descubría á la mirada pública era su amor á la poesía, la única dama de sus pensamientos á la sazón. Fué entonces cuando nos dió á saborear sus primeros versos, esos versos sencillos, dulces, tejidos con hilos de filigrana, en que predominaba la nota amorosa, que en su corazón hacía resonar ese pájaro alegre y fugaz que se llama juventud. Los nombres de esas bellas composiciones no se han olvidado todavía y algunos las sabemos aún de memoria.

De este período de Víquez recordamos el día en que, con motivo de nuestras eternas discusiones con Nicaragua, y abandonando la cítara coronada de pámpanos de Anacreonte por la lira de hierro de Tirteo, leyó, en el gran salón de la Universidad, un canto guerrero lleno de viril energía, en el cual apostrofaba el patriotismo costarricense y lo excitaba á la pelea. Los que oímos esa hermosa recitación, que éramos muchos y jóvenes, salimos de allí locos de entusiasmo, después de haber aplaudido con frenesí al poeta. Delicadas como eran nuestras relaciones con Nicaragua, se consideró prudente no publicar el hermoso canto épico, que se perdió desde entonces, porque, aunque por aquellos tiempos primaverales Víquez amaba la gloria y, lo que es más candoroso aún, creía en ella, fué siempre en extremo descuidado, como todo el mundo sabe.

Un discurso semi-político y, por sus toques pastoriles, semi-bucólico, que en cierto 15 de Setiembre hubo de pronunciar, fué la llave de oro que le abrió las puertas de la política, en donde entró de rondón para ocupar el honroso puesto de Subsecretario de Relaciones Exteriores. Otros varios cargos públicos desempeñó después, y sobre todos ellos hizo reflejar siempre el brillo de su talento. Pero Víquez no había nacido para la política y el soñador pasó por enmedio de ella como un viajero distraído.

Burlando con frecuencia las tareas oficiales, siempre prosaicas, Víquez continuó haciendo excursiones al reino inmortal de la poesía, en donde vivía á sus anchas. Fué entonces precisamente cuando, bajo la dirección del Doctor Zambrana, padre intelectual de la juventud costarricense, y en compañía de Ricardo Jiménez, Cleto González Víquez y Anselmo Castro—otro que nos dejó antes de tiempo—se publicó en esta ciudad un semanario literario, bautizado con el nombre original de *Un Periódico Nuevo*. De ese tiempo son los versos más hermosos, las poesías más brillantes del poeta costarricense. *Las ruinas de un templo* (recuerdo del valle de Ujarraz, en donde se apacentó su niñez), *El baño* y otras va-

rias de cuyos títulos no hacemos memoria en este instante, son composiciones en que se hace sentir y admirar el estro poético de Víquez, quien, por otra parte, manejaba la rima con la *difícil facilidad* de que habla Horacio.

Ya por entonces comenzó á manifestarse en Víquez el escéptico desdeñoso, el humorista burlón que fué después y que todos hemos conocido y tratado. Las miserias de los otros, el espectáculo de las pasiones humanas, el angustioso afán de la lucha por la existencia y, sobre todo, el contraste entre sus ideales imaginaciones y la descarnada realidad, todo esto, obrando en su ánimo impresionable como un veneno lento, acabó por hacer de él un desengaño convencido, si así podemos decir. Pero estos agentes extrínsecos vinieron á mezclarse con los elementos que constituían su natural manera de ser: el buen humor, la bondad, la alegría bulliciosa, y así mezclados unos y otros, dieron vida en él á ese *humorismo* risueño y burlón, á ese desencanto gracioso que no le dejaba tomar los hombres ni las cosas en serio y que acabó por constituir el tipo de su carácter. No parece sino que su filosofía se hubiera inspirado en aquella sentencia de Octavio Feuillet: «El desprecio por los hombres es el principio de la sabiduría.» Víquez obraba siempre en armonía con esa sentencia, acaso injusta, y no se cuidaba de lo que de él pensasen y dijesen los hombres. El pecado, sin embargo, estaba en no guardar las apariencias, porque la generalidad de las gentes hace otro tanto, sólo que lo hace hipócritamente y con esto piensa desorientar á los que ven. Recordamos á este propósito un artículo, bello como todos los suyos, que sobre los *fantoches* escribió y publicó hace algún tiempo el Doctor Zambrana: dice allí con mucha miga el ilustre maestro que, así como los *fantoches* dejan ver los hilos con que se mueven, los hombres suelen dejar ver, por mucho que los oculten, los móviles de sus acciones, lo que no impide que continúen representando la comedia como si tal cosa, mientras el público ríe y comenta maliciosamente el descuido. Víquez, más sincero que la generalidad, dejaba ver todas sus cuerdas con desenfado desdeñoso.

Estas condiciones se acentuaron en él con el tiempo hasta cobrar relieve y de ellas hizo lujosa exhibición desde las columnas de *El Heraldo*, que fundó en 1889, á raíz del triunfo electoral que trajo al poder al Licenciado Rodríguez, de quien fué siempre adversario. Ya por ese entonces había dejado de hacer versos, que eran una de las cosas á que menos importancia concedía; no solamente por modestia, mas también, y sobre todo, por convicción. El poeta había echado de ver que la gloria, á quien él había cortejado de joven, es, más que una entidad real, una ficción pueril, y pensaba sin duda que las reputaciones más colosales y extendidas concluyen por desvanecerse como un humillo al soplo del viento. No sabemos si él había leído á Flammarion; pero si lo leyó, ¡qué conforme con su parecer no estaría con este sabio, quien en una de sus obras más bellas, se adelanta unas cuantas centurias al siglo actual y dice que por aquel tiempo apenas quedaba ya una vaga idea de Jesucristo, de este hombre divino que parecía inmortal! Después de todo, el mayor bien que los hombres pueden hacernos es no acordarse de nosotros. Víquez reconocía estas grandes verdades; mas prescindiendo de ese que es el lado romántico de la cuestión, convenimos en que es aceptable el hacer versos, siempre que una finalidad estética determine en ellos sentido civilizador, en centros donde el número de los que leen hace lucrativa esa dulce tarea. En esto no hay nada que menoscabe la nobleza del arte: muchos son en Europa los poetas que viven de su lira, y Homero, el viejo Homero, se ganaba el sustento cantando. Pío Víquez, en otro medio literario habría tenido pedestal en la cumbre eternamente luminosa del Parnaso, y, lo que es menos poético, pero más positivo, habría ganado buen dinero.

Aconsejado, pues, por estas consideraciones, abandonó el campo de la poesía y se metió tan campante por el de la prosa, en donde pronto se halló como el pez en el agua. Necesitaba ganarse la subsistencia y como no sabía hacer otra cosa que escribir, porque no tuvo constancia para coronar su carrera de abogado, se hizo periodista, pues el periódico es la única manifestación literaria viable por ahora entre nosotros. ¿Quién no conoce *El Heraldo?* En ese periódico hoy huérfano fué donde Víquez se dió á conocer como escritor hábil é ingenioso, sobre todo, ingenioso. *El Heraldo* no siguió nunca escuela filosófica ni política determinada y no era otra cosa que la encarnación típica de Víquez, con todos sus defectos y cualidades. No estudió nunca una cuestión, no dió jamás importancia á los problemas sociales y políticos que preocupan á los hombres de hoy, enaltecía ahora una cosa y la deprimía mañana, no recibía inspiraciones ajenas y su regla fué la necesidad. La filosofía excéptica y desdeñosa de Víquez se traslucía en cuanto pensaba y hablaba. Pero todo esto que podía parecer impropio tenía el encanto que solamente él sabía comunicar á cuanto escribía, y acababa por hacerse perdonar de güelfos y gibelinos, que le reían más bien sus ingeniosidades y que tampoco lo tomaban en serio. Víquez escribía, ciertamente, con mucha gracia: combinaba las palabras y tejía las oraciones de tal suerte que su trabajo, por lo fino y delicado, podría compararse á un encaje de Flandes. Pero cuando la cólera lo enardecía, su lápiz solía golpear como una maza de oro en la frente de sus contrarios. En cualquier otra parte, y con estudios serios, habría llegado á ser un artista y un maestro. Escribía siempre al correr del lápiz (nunca gastaba pluma) *cálamo currente* y sin esfuerzos de ninguna clase. Una de sus más graciosas habilidades consistía en decir una cosa, cuando el caso era comprometido, de modo que pudiera tener dos versiones contrarias: cuando uno leía aquello sentía su poquitín de irritación, pero pronto desaparecía ese sentimiento del ánimo para dar paso á una admiración sana y sincera, y siempre terminaba uno con esta frase proverbial: «Este loco de Pío.....,» que revelaba benevolencia y cariño. Así fué que *El Heraldo* vino á ser el encanto de todo el mundo, aun de aquellos á quienes, en un arranque de pasajera cólera, aplicaba sus ingeniosos dicterios. Ahora que Víquez no existe, *El Heraldo* vendrá á confundirse con el vulgo de los periódicos.

Víquez íntimo tampoco pertenecía al común de las gentes: sabía ser amigo y en el fondo de su corazón anidaban, como avecillas perseguidas, los sentimientos más nobles: los dolores ajenos eran suyos; no conoció el rencor; la envidia no le mordió nunca las entrañas; perdonar era para él un acto realizable sin esfuerzo, pero que siempre le procuraba placer. No queremos sincerar sus defectos; pero digamos con franqueza que ellos, en mucha parte, eran producto del medio en que vivía, porque esta ley de la naturaleza impera así en lo moral como en lo físico: nada se produce en ella que no sea resultante de sus propios elementos, aun las plantas que se dicen exóticas. Por todo esto, pues, y por lo mucho que hubo de sufrir, porque la muerte le arrebató seres queridos, el pobre poeta merece perdón: «Perdonad para que seais perdonados.» Pero no sólo eso: él merece también que sus amigos le consagremos un recuerdo piadoso, ahora que se ha ido para siempre: éste es el nuestro. La muerte ha llegado para él; el olvido tardará más tiempo: cuando llegue es que esta generación ha desaparecido.

Justo A. Facio

(De *La República*, 14 de Mayo de 1899)

PIO VIQUEZ

(INSTANTANEA)

Pío Víquez es un escritor original, de tal modo que ha llegado á crearse un estilo propio, perfectamente caracterizado. ¿Merecen sus trabajos que la crítica sea á veces severa con ellos? ¿Se puede hallar defectos en la manera especial de producirse su ingenio? A personas cuyas opiniones son acreedoras de respeto hemos oído contestar afirmativamente; pero la originalidad, cuando no degenera en extravagancia, cuando puede seducirnos con los encantos de lo nuevo, con la luz del verdadero talento, es cualidad tan apreciable que basta para cimentar un mérito indestructible.

Si á eso se une un temperamento de sensibilidad exquisita, un espíritu que, á la par que encuentra la belleza en donde quiera que se halle y se impresiona hondamente con ella, no deja nunca de percibir el ridículo de la vida, y una crítica ilustrada que maneja diestramente la sátira de buen género, tendremos la síntesis de los principales elementos que constituyen su personalidad artística.

Víquez ha escrito lindos versos. Su fama de poeta fué anterior á su reputación de prosista. Versos trabajados como diamantes; sentidos, armoniosos, que se recitan con entusiasmo y se guardan con esmero. Sin embargo, para nuestro gusto, poco aficionado al artificio y á la estrechez de la rima, lo de más valor en él es su prosa genial, brillante y florida como un arabesco, delicada y primorosa como el más fino encaje.

Sus artículos son reflejo fiel de su alma. Escritos á vuela pluma, á propósito de los temas más variados, distinguidos y bellos por nacimiento, pues nunca los corrige, y artísticos, aunque traten del asunto más trivial. Burlones por naturaleza, se ponen á veces tristes y son entonces flores de sentimiento, y cuando en materia de arte llegan á ser serios, su elocuencia adquiere majestad, su inspiración toma vuelos de condor. A nosotros no nos toca juzgar *El Heraldo de Costa Rica* como periódico político. Para admirarle en el terreno literario tenemos las resedas y pensamientos que ofrece, caballero gentil, á las niñas en el día de su boda; los cariños de su amistad, las quejas sentidas de su tristeza, la risa picaresca de su buen humor.

El aliento de nuestra naturaleza virgen lo embriaga con su perfume y el pasado lo enamora con sus recuerdos de grandeza. Por eso sus descripciones son con frecuencia cuadritos admirables bañados en luz tropical, cuyo marco guarnecen las guarias de nuestras montañas y los azahares de nuestros cafetos, y sus citas, de la famosa edad de la literatura española, por ejemplo, son hechas con habilidad especial; lo mismo pasa cuando compara con los mármoles de Fidias y Praxiteles, cuando recuerda aquellas fiestas en que el vino de Lesbos era servido por mujeres que la admiración de los hombres convertía en diosas; lo hace de una

manera oportuna, sin ostentar lujo de erudición, como quien conoce y aprecia bien el genio del pueblo artístico por excelencia.

Ha escrito mucho, en circunstancias tan diversas y con tan variados matices, que hacer un análisis de sus producciones sería trabajo demasiado extenso.

La nota más saliente de su carácter es su informalidad, su aparente indiferencia, el juego que hace con las cosas que los hombres han dado en llamar serias; pero en el fondo es profundamente sensible, es verdadero artista, así como á través de sus frases caprichosas, obscuras en ocasiones, debido á la rapidez con que ha sido necesario llenar las columnas vacías ya tarde, y que á muchos no gustan todo lo que debieran, porque desconocen su espíritu, se hallan hermosos pensamientos, deliciosas ironías.

Su prosa, aun concediendo que tiene defectos, tiene grandes cualidades que la ameritan y que la distinguen, á nuestro ver, lo repetimos, como profundamente artística y genial.

Gregorio Martin h.

1º de Setiembre de 1896

Pío Víquez

Era yo un adolescente, casi un niño; subía las colinas de la vida, entre espléndidas alboradas color de rosa, torbellinos de ilusiones, con el alma llena de infantiles candideces y espejistos encantadores; los mejores días de mi niñez, cuando no se llevan crespones negros en el corazón, ni punzan las espinas de la duda y se tiene fe en el porvenir.

Entonces, en esa edad dichosa, que se vive como un sueño y pasa como fugaces momentos de primavera, bajo los floridos rosales, á hurtadillas de las tareas estudiantiles, leía al poeta y dulcísima fruición sentía al oir á ese ruiseñor tiernísimo de nuestros bosques, ensayar con coquetería y abandono sus romanzas amorosas, sus endechas apasionadas, cabe el follaje tropical de nuestro suelo.

Sí, mi alma lo comprendió; le tuve cariño eterno y sus frases principescas, como ritornelo doloroso que se aleja y que va golpeando quedamente sus alas en los céfiros nocturnos, resuena en mis oidos, como música exquisita de dulzura inefable.

Fué un poeta bohemio y peregrino; el poeta nervioso, fino y delicado como un niño, de alas blancas y cabellera rubia; sus versos tejidos de arabescos, en hojas eucarísticas de camelia, como los sueños castos de las vírgenes, han arrancado en silencio muchas lágrimas; su prosa brillante, ataviada de rica pedrería oriental, donde la fantasía combinaba con su magia poderosa, los colores y los tonos, hizo suspirar más de un pecho femenino; su pluma alegre y chispeante, tan pronto bordaba un madrigal picaresco y gentil en el abanico de una dama, coloreando sus mejillas de pudor, entonaba un epitalamio á la niña enamorada lleno de pasión, como cincelaba un sentido artículo á la memoria de algún sér desaparecido, ó se entregaba á retozar, haciendo primores al burlarse de la vida.

Pobre poeta ido! Abandonaba sus inocencias de niño para adornar su charla festiva, con la sátira sutil y las genialidades desgarrantes de Larra; en esos instantes de amistad franca, de intimidad profunda, era burlón é insinuante, vagaba por sus labios sarcástica sonrisa, que luego estallaba en frases ricas de cambiantes, salpicadas de chistes bien intencionados que hacían las delicias de sus amigos; pero luego el poeta se transfiguraba y honda melancolía invadía su alma, delicada sensitiva artística y buscaba en los pedacitos de su corazón, sus hijos, albergue contra la duda y la vacilación; sus escritos llevan impreso cierto dejo de paganismo y de duda y en más de una ocasión, en admirables estrofas de oro, se lamenta dolorosamente de su fe perdida; parece un niño piadoso y mimado que corre á arroparse en las faldas de la madre y confiesa con ingenuidad y candor su triste desventura,

Fué una alondra enamorada de sus gorgeos, de existencia efímera; algo así como un crepúsculo vespertino, ó como el paso de magnífica exhalación que alumbra vivamente y luego se apaga confundiendo las tonalidades de nuestro cielo de

azul purísimo. De naturaleza artística y soñadora, sin obedecer á preceptos y reglas gramaticales, dió rienda suelta á su genio loco, á manera de corcel indómito y fogoso que desea llegar al final de la jornada, regando á su paso, con esplendidez regia, el joyel precioso forjado con su talento inquieto.

En sus mocedades llevó la redentora cruz del maestro; luego estudió derecho, abandonándolo, pues no cuadraba con su índole bulliciosa, ni se avenía con la terrible aridez de los Códigos, las indigeribles reglas sobre obligaciones y contratos, las monótonas gestiones de los juicios, desertando de sus filas y sentando plaza de periodista, donde vislumbraba en lontonanza los laureles con que orlaría su frente y rodearle de brillante aureola.

En política fué variable como una mujer y travieso como una mariposa; tan pronto entonaba la carmañola, convencido jacobino y se calaba el gorro frigio con bravura, como hubiera sido capaz de mascullar un kirie, cantar maitines ó ayunar como un cenobita austero; ese era su modo de ser original y de ver la humanidad y las cosas; un hombre que vive al día sin preocuparse del mañana brumoso que despunta; de allí su manera de vivir de bohemio intelectual entre las rigideces del asceta con sus sueños albos y la vida disipada de los placeres, en la atmósfera tibia y perfumada de la orgía, con sus irisados panoramas vistos de lejos, que su temperamento de artista sabía explotar, donde danzaban mujeres hermosas, entre derroches de luz como promesas idas.

La sombra de mortal tristeza veló su mente en sus últimos días, lacerando sin piedad su corazón; la pérdida de seres queridos, le condujo al escepticismo y no en vano dudó de la amistad, del cariño con que á diario le mimaban sus amigos; pudo decirse entonces, que el ruiseñor tenía un ala rota por el infortunio y que su garganta pronto enmudecería.

La muerte de lejos se cernía y el poeta suspiraba ya con amargura y melancolía por remontar el vuelo á través del azul de nuestros campos.

Una mañana su cerebro se paralizó; en tanto que en la comisura de sus labios se apagaba la sonrisa burlona con que motejaba y empequeñecía las miserias humanas de este valle de lágrimas; había muerto, como había vivido.

Hoy reposan sus cenizas frías en modesta tumba, donde los amigos que lo recuerdan con cariño, han tejido coronas de flores que no se marchitan á despecho de las tempestades rugidoras que han pasado de lejos, sin arrancar sus pétalos, y que altivas yerguen sus cálices, arrullando el sueño del cantor de nuestros bosques tropicales.

Juan R. Víquez Segreda

San José, 26 de Setiembre de 1904

(DE BROCHA GORDA)

PIO VIQUEZ

Fué su debilidad no saber mucho de nada,
y su fuerte saber un poco de todo.

Para Víquez la existencia fué una broma; pasó por la vida como pasan los rayos de la luna á través de las nubes, iluminándolas pero sin herirlas.

Aró en todos los terrenos, sembró en todos los surcos; picoteó todas las frutas y aspiró con deleite el aroma del regio ramillete que forma nuestra exuberante variada flora.

Poeta, periodista, maestro, político, polemista, filósofo, romántico á veces, naturalista á ratos, clásico por temporadas, y modernista en ocasiones, adquirió con las lecturas diversas, con las variadas pruebas y continuas mudanzas en que ejercitara su talento, un estilo complejo y propio, pomposo y policromo que hacía de su prosa ó de su verso, algo semejante á un abanico de abigarradas sedas, que deslumbraba y seducía, ya lo plegara, ya lo abriera, ya lo agitara con uniforme ó desordenado movimiento.

Su carencia absoluta de ecuanimidad, su inconstancia que en otro menos talentoso, simpático y agradable, se tacharían como vicios, fueron aplaudidas en él, si no como virtudes, sí como gracias.

Mecía hoy el incensario y se agachaba hasta ponerse á nivel del fanátismo callejero; mañana, con el puño cerrado, amenazaba al cielo dejando pequeñitos á los volterianos y shopenhaueristas.

Golpeaba recio al gobierno, y horas después, lo conquistaba y adormecía, mareándolo con el blando y grato arrullo de su verba sonora.

Los enemigos del alba, fueron, en más de una ocasión, sus anfitriones de la noche, es decir, dos veces víctimas en un solo día.

Su *Heraldo*, más que un periódico, fué un rico panorama donde exhibió vistosos y variados cuadros: ya ministeriales, ya de oposición, ya aristócratas, ya democráticos, ya republicanos, ya frailunos, ateos, monárquicos ó imperialistas, qué sé yo: de todo hubo allí, pero de ninguna de esas fases de su prodigioso transformismo salió herido su nombre, ni comprometida su conciencia.

Todos sabíamos que el corcel de Víquez era vigoroso pero ciego; débiles las riendas, perezosa, negligente al menos, la mano que las gobernaba.

Consideró que la volubilidad que formaba la base movediza de su espíritu, contribuyó, tanto como su ingenio y gracia, á conquistarle público—*su público* tan numeroso como heterogéneo—*Las cosas de Pío* se cotizaban á alto precio, sin que las dejara ponerse rancias la curiosidad y ese buen gusto ingénito que caracteriza á la multitud. El monstruo de las cien cabezas consumía calentito, apenas salido del horno, aquel jugoso *potpourri*.

Nuestra sociedad lo mimaba! ¡Y cómo no! Si apartaba los ojos de las veleidades de poeta, para fijarlos en las excelsitudes de su bondadoso corazón, en las claridades de sus nobilísimos sentimientos.

Alguien, á quien respeto y estimo, ha juzgado á Víquez con rudeza: no estoy con él. Sus pecados fueron veniales, de aquellos que según Ripalda se purgan con un golpe de pecho, ó se borran con una gota de agua bendita.

Su fuerza como periodista estribó en el arte exquisito, en la gallardía—nada común por cierto—con que supo dar carácter de novedad á los hechos vulgares de la existencia: estribó, más que todo, en la posesión de una repleta guardarropía, de donde sacaba trajes nuevos, de nuevo corte y vistosa tela para vestir el acontecimiento diario: el matrimonio, la muerte, el nacimiento, las raterías, el crimen, en fin, ese cúmulo de actos que vienen siendo como los átomos que integran la vida colectiva, y que, con ligeras variantes, forman el alma de la crónica que hoy y mañana y siempre nos sirven los diarios: lo vulgar, lo indispensable; lo que pasa á la vuelta de cada esquina; lo que parla la chismografía comadrera; lo que murmura el cobarde, solapado *se dice*, en fin, lo que todos hemos visto, hartos estamos de ver, y por desgracia, seguiremos viendo.

Manejaba Pío la sátira muy bien; pero sus epigramas no levantaban ampollas, eran alfilerazos á flor de cutis, que apenas si dejaban huella: meros rasguños, golpes de abanico.

En sus mocedades cultivó la poesía, y más de una vez lo honró Apolo, orlando su frente con el apetecido mirto, y en ocasiones coronándola con el simbólico laurel. Por ese camino pudo hacer carrera, subir muy alto, llegar hasta donde han llegado los pocos verdaderos poetas que honran nuestra América, mas, por desventura para las patrias letras, las exigencias de la vida—que nunca para él fué holgada—lo apartaron del trato de las musas. Sancho le habló al oído, y el llamado, el vidente, dejó su puesto y prefirió á las rosas de crespo seno y delicado aroma, las lechugas de blandas frescas hojas; á los cisnes de enarcado cuello y níveo plumaje, los pavos de carne grasa y tierna pechuga; al néctar de los dioses, el borgoña que da sangre, ó el dorado rhin engendrador de ensueños, ó la dulce chartreuse que vierte sobre nuestras miserias y congojas el aturdidor, grato beleño de su gualda ó verde rocío.

Nació para gran señor. Fué un sibarita impenitente, idólatra de los vinos añejos, perpetuo enamorado de las viandas delicadas.

Su conversación era gratísima, animada, dúctil, vistosa, contándose entre sus dones la facilidad con que acudía á su reclamo el chiste de buena ley, la remembraza oportuna ó el donaire picaresco. Rió de todo y de todos; mas como frecuentemente se convertía él mismo en blanco de su buen humor, nadie tomaba en serio sus epigramas, y aun los agredidos y maltratados los aplaudían y celebraban.

Fué siempre discreto, muy pocas veces serio.

Como compañero de mesa, de *juerga* ó de salón, era inapreciable. Alma animadora de aquellas gratas veladas en que ofició de artista el inolvidable Chen-

te y era Pío batuta del regocijo, mantenedor intelectual de las fiestas; y nosotros la comparsa *pagana*.

Así vivió y así lo sorprendió la muerte. Fué un golpe inesperado, horrible. Aún estaban de sobremesa sus compañeros de cena, cuando llegó la fatal nueva: ¡Pío ha muerto!

Algunos de sus amigos han recogido en un hermoso tomo que corre por ahí, de mano en mano, con el título de *Miscelanea*, algo de lo mucho bueno que su ingenio dejara. Esa obra retrata de cuerpo entero al poeta, al hombre, al amigo y compañero queridísimo, por quien lloramos.

Aquileo J. Echeverría

(De *Pandemónium*.—8 de Octubre de 1904)

PIO VIQUEZ

Ya la fraseología chispeante y regocijada, producto de un temperamento privilegiado, no brota sino como corriente de gloria que se levanta sobre la muerte de un hombre cuya desaparición aún no se acaba de lamentar! Se ha extinguido el periodista por excelencia de nuestro pueblo, y con él un sistema característico de análisis que envolvía la pulcritud de la crítica depurada y el humorismo refinado del verdadero ingenio.

Todo se ha esfumado en las sombras del sepulcro!

Sólo nos queda el recuerdo, bastante triste, de aquella alma que se descomponía en cambiantes de luz, al sentir la fruición íntima de la belleza manifestada, tanto en los arranques sublimes del artista, cuanto en las expansiones de la jovialidad intencionada y franca de aquella naturaleza modelada con exclusivos méritos.

Sin embargo, la transformación del hombre se impone, y nos llegó la hora fatal en que aquella alma bullente rompiera su cárcel, para remontarse á la eternidad, talvez á regiones menos impuras, donde los espíritus iluminados, acaso lleguen á su verdadero centro!

D. Monje

De *El Heraldo* de 14 de Mayo de 1899

In Memoriam

¡Oh mundanal miseria! oh desventura!
oh destino implacable y siempre fiero!
no tienes ojos, y á vencer tus iras
qué vale el corazón? qué vale el genio?

Pío Víquez

Así exclamaba el poeta cuando las musas lloraron la pérdida de Juan Diego Braun. Y ahora nosotros debemos exclamar lo mismo al cumplirse un año de muerto el fundador de *El Heraldo de Costa Rica.*

Fresco vive aún en nuestra memoria el recuerdo de Pío Víquez; no es posible que el olvido se apodere de nosotros, tratándose de aquel periodista excepcional, de aquella vigorosa existencia, de aquel vate que, al sonar su lira de oro, nos hizo conocer los grandes dolores de su alma.

Nunca serán bastantes los elogios que á Pío Víquez se tributen; era artista, pero artista delicado que revelaba en sus versos y en su prosa el singular espíritu que poseía. La honda pena que devoraba su corazón, supo disfrazarla siempre con la charla sabrosa, en el corrillo alegre de sus numerosos amigos; y acaso cada sonrisa suya era un gemido de su alma, cuando el recuerdo de sus hijos muertos le atormentaba el espíritu.

Acerquémonos hoy á la tumba de Pío Víquez; dejemos en ella las flores de nuestro cariño y digamos muy quedo, para no perturbar el reposo del que duerme: «Poeta, no te olvidamos.»

Ramón Fuentes

De *El Heraldo.*—11. V. 1900

PÍO VIQUEZ

(ESBOZO)

Según el color del cristal con que lo miro

De dos maneras bien antagónicas ha sido juzgada la figura literaria, social y política de este poeta escritor, bohemio de nacimiento, eminente tico, y como tal inimitable. Unos, de enjuto criterio, le han enfocado inverso el telescopio, y, naturalmente, lo han hallado deforme y pequeño; otros—pláceme contarme entre éstos—sin tal vez con menos bagaje científico, pero con más humano corazón, le miramos de cuerpo entero, antes bien amplificada su imagen, llevando bajo la cúpula cerebral el criadero de sus originales concepciones. Ya se sabe que la ciencia es madrastra del sentimiento.

En horas de esparcimiento y altruismo, la verdad fluía de sus labios, como de su lápiz-pincel colorista, espontánea, iluminada por el resplandor de su espíritu; y el sentimiento, ataviado con las formas primorosas de la estética, desbordaba de su corazón apasionado. Fuera de ciertos deslices propios de su naturaleza exuberante, archi-expansiva y protomundanal, los que no alcanzaron á descarrilarlo del cuadrante del deber, estaba dotado de una sensibilidad, de un sentido moral exquisito, contrastante de cuando en vez con su loca imaginación, ligera, excéntrica, diogénica. Pío sentía como un Vicente de Paúl, pero pensaba y hablaba como un Schopenhauer; era una antítesis viviente.

En la gimnasia periodística era *champión* inabordable. Cuando pugil de la oposición, las moxas que aplicaba su fórmica pluma, ampollaban y tumefacían hasta la ardentía del cauterio; como amigo del Poder, su cromatrópica pirotecnia idiomática deslumbraba instantáneamente y retorcía y enroscaba las ideas sobre sí mismas, dejando á veces la defensa en el vacío, cual en el hueco de un kaleidoscopio. La parada y el ataque eran para este atleta de la Prensa una especie de juegos malabares. Sus centelleos de hoy apomazaban las sinuosidades de los de ayer, así fueran de vituperio como si de alabanza fueran. Para las primeras, siempre aplicaba su tópico; para las segundas frotaba con su culterano, suavizador esmeril.

¿Cómo, de qué manera nutría las columnas de su *Heraldo* este ídem del periodismo? Tal así como si un espíritu invisible y amorfo, dirigiera su ondulante y travieso crayón, esfumando en giros oblicuos y desordenados la locura del alma contemporánea. Sus radiosos escarceos no titubeaban un momento; al verle escribir, al oírle hablar, evocaba instintivamente la imaginación, la espiritualidad neurótica y desequilibrada de Alexander Hepps. Las cuartillas pasaban á las cajas unas tras otras, sin lectura previa, y en más de una ocasión, dado el mariposeo de su fantasía y sus crisis internas, geniales ó provocadas, no se daba cuenta de las impresiones que había trazado sobre el papel, hasta cuando le eran presentadas las tiras de corrección, en las que solía no encontrar más erratas que las del cajista.

Los trajines de la vida, los bate-bates de la política nos pusieron un día

frente á frente, en campos adversos. Fulminóme sus dicterios, á mi vez le disparé mis invectivas; grave yo, enconado y ardiente; agudo él, burlón, implacable; ambos sinceros, ambos convencidos, ambos atroces, según su gráfica expresión. Pero la ventaja era suya y suya la palma de la cáustica esgrima, dígolo en su loor. Cual otro Aristófanes, salpicaba con tal gracia y donaire sus sarcasmos y diatribas, que me hacía llorar y reir alternativamente, pues celebraba á pesar del picor de las heridas su salerosa irrisión. A Pío se le podía aplicar, parodiando el tropo dirigido por Platón al poeta ateniense: «Buscando las Gracias un santuario indestructible, hallaron su alma y la poseyeron.»

Pío era como una abeja literaria: extraía el néctar de las flores del lenguaje, ora tóxico, ora cordial, para hacerlo libar á su arbitrio, según el caso.

Orfebre de la retórica, jugaba con las serpentinas de su antilogismo; poseía el sexto sentido del escritor diarista, y con él la noción psicológica de la actualidad; la información atrayente, el comentario interesante, la intensiva sugestión y el gayo y desparpajado colorido.

Y ¿qué diré de Pío como poeta, yo profano del Parnaso?

Que una ó dos de sus composiciones analizadas tan sólo, superabundan para afirmar de él que le inspiraba el *quid divinum* de que Homero suponía poseídos á los bardos tebanos allá en los floridos tiempos de la Grecia fabulosa.

¡Véanse sinó las valientes estrofas en las que la intuición del poeta presentía su finalidad corporal:

..... "Altanero
He querido estrujar la dura suerte
Entre mis brazos, y estrujarla espero.....
Ya el hondo valle lóbrego se advierte
Donde, dado el combate postrimero,
Mi triunfo eterno sellará la muerte!"

Alguna vez escribió mi esbozado, al mismo tiempo que estrechaba mi mano:

«Malo es el mundo, pero peor ha sido. Con todo, nos deja ver de tiempo en tiempo que hay en su almáciga buena semilla, y que la esperanza ha echado y sigue echando magníficas flores. Y como ya hemos visto que llora de repente el león y silva la serpiente de improviso, queremos reconocer y confesar que hay algo en este mísero barro que merece consideración. Es indiscutible que los elementos evolucionan, y que siendo cierta, como es, la ley del progreso, el mundo no es malo, sino un pobre enfermo que necesita de tiempo para sanar de su herida.» En efecto, en el corazón de Pío, abierto siempre á la jovialidad, y en mi corazón, siempre abierto á la benevolencia, no florecieron del odio las ortigas que dijera Ricardo Jiménez, y ambos sanamos de nuestra contumelia, siendo desde allí hasta el fin, cual otros Pílades y Orestes.

Una noche, noche fatal, pasó del ensueño á las sombras, y se apagó la luz de sus miradas, refracción de la luz de su intelecto.

«Los elementos evolucionan»—*tu dixisti* y eso consuela mi dolor mientras suena—avecinada ya—mi hora en el reloj del tiempo.

Repetiré con el poeta:

"La evolutiva ley en todo existe;
y si tu noche fué, tu aurora empieza."

Queda cumplido el vaticinio: Su triunfo eterno sancionó la muerte.

Francisco Serrano

(De *El Día*, del 16 de Octubre de 1904)

A la memoria de Pío Víquez

Mezcla extraña fué su espíritu
de pujanza y de fatiga,
de esplendores y de sombras,
de entusiasmo y de ironía;

ave triste, soñadora,
para otra esfera nacida,
que al alzar el primer vuelo
dejó las alas perdidas;

flor al abrirse azotada
por los cierzos de la vida;
preludio dulce apagado
de celestial melodía;

prisionero que en el cielo
que le cierra la desdicha,
desde su cárcel estrecha
clava la ardiente pupila,

y al forcejar angustiado
contra la suerte mezquina,
más aprieta las cadenas
y más las llagas lastima.

Obra de aliento ninguna
la memoria inmortaliza
del dulce bardo, que á ratos
tan sólo pulsó la lira;

pero en lo poco que deja
existen joyas tan finas,
que aseguran luengos años
á su memoria querida.

¡Cuán hermosa *La Torcaz*,
donde su alma dolorida
lanzó á los vientos sus quejas
en encantadora rima!

Amo lo triste es arpegio
que arrancaron á su lira
la ternura más profunda
y la pena más sentida.

En *La Garza* el verso tiene
la tristísima armonía
del céfiro que los sauces
de las tumbas acaricia.

Mas la frase rica y bella,
nueva siempre, grácil, fina,
de sus joyas no rimadas,
tiene más alta valía;

es flexible como el talle
de la andaluza divina;
trasparente como el agua
en el estanque dormida.

Luce á veces esplendores
tan radiantes que fascinan,
prodigios de arte esculpidos
como una estatua de Fidias.

Es blanca y resplandeciente
como la nieve purísima.
cuando celebra las gracias
de la inocencia tranquila.

En el bello epitalamio
que como joya riquísima
á los amigos dichosos
brindó su galantería,

es ardiente como el beso
de amor, con que confundidas
en una, dos almas vírgenes
dan á los cielos envidia.

Al describir una fiesta
¡qué derroche de armonía!
todas las luces refleja,
todas las músicas rima,

todos los perfumes junta
la frase vibrante y fina;
y es una alfombra de flores
de belleza peregrina
que á las plantas de las bellas
arroja la cortesía.

Como nadie en esta tierra
llora, ríe, narra ó pinta,
y nuestro pequeño mundo
ensalza ó ridiculiza.

Cuando en hiel la pluma moja
la pasión ó la desdicha,
la frase es fácil, flexible
y mortal como la víbora;
con sonrisa amarga y triste
clava el puñal homicida
que va oculto entre las flores
de delicada ironía.

Pero llora y—es sublime—
su amargura es inflnita,
cada palabra es diamante
en que el llanto cristaliza,
y la frase, hondo gemido
de un moderno Jeremías,
que sin esperanza apura
el cáliz de la agonía.

Elías Castro

14 de Octubre de 1901

Pío Víquez

Fué mi maestro en el Instituto Nacional; y aunque han pasado muchos años desde entonces, nunca he sentido debilitarse la gratitud profunda que me unía á él. Cuantas veces le veía me acercaba atraído por imán irresistible de cariño, y entonces me daba consejos y me manifestaba sus simpatías de todos modos, sin que de mi mente se apartara la idea de que aún estaba en el aula del colegio recibiendo sus lecciones preciosas é invaluables. Don Pío Víquez no ha muerto para mí, porque era la idea que no perece, la enseñanza que perdura, el dulce afecto que consuela. Le juzgo sólo como mentor y como amigo: en ambos casos valía tesoros, y su muerte me parece una ausencia que me llena de tristeza, pero me halaga la esperanza de que quizá pronto nos volveremos á encontrar más allá de los lindes de la vida.

F. Montero Barrantes

De *El Heraldo*.—15. V. 99

* * *

Pensamiento

Los hombres buenos que se alejan del mundo, dejan siempre un retrato moral imperecedero: sus obras, que sirven de saludable lección para las generaciones que se levantan. Las de *Pío Víquez* están llamadas á producir una evolución benéfica en la literatura patria. Cuando se conozcan por entero, el nombre de Pío pasará á la Historia.

Emiliano Padilla

* * *

Pío Víquez

Juzgado al recuerdo de sus escritos y su palabra, fué un espíritu poético, de perspicaz ingenio, disertador, propenso á la risa y al desdén, con que salpimentaba su temible ridículo: fué el prototipo de los periodistas costarricenses. Juzgado á la revelación de sus sentimientos, fué una personalidad digna del mármol, que pone de relieve su memoria.

Elías Salazar

EN EL TEATRO NACIONAL

Discurso de A. Zambrana,

en la velada en honor de Pío Víquez

(19 de Julio de 1903)

Un grupo de admiradores y amigos cariñosos de Pío Víquez me ha honrado,—señoras y señores,—con el encargo de abrir esta velada, para que diga la palabra, con menos hermosura, pero con más claridad y precisión que la música, el homenaje de su tierno recuerdo al dulce poeta, al periodista original, ingenioso y fecundo, al hombre suave y benévolo que se fué demasiado pronto, y para ceñir siquiera á la memoria del muerto, el laurel que en la lira del vivo hubiera debido, acaso, colocar la patria. El tiempo que ha pasado después que lo perdimos, consagra y hace de más precio por lo mismo, el homenaje. No podrá, al menos, repetir en este caso la musa elegíaca:

Ah! por eso escribe nombres
en las losas el cincel,
que hasta el mármol es más fiel
que el corazón de los hombres.

No falta quien hable con desdén de los talentos literarios, quien pretenda que lo único importante es ser economista, ó ser químico, ó mercader ó fabricante de algo. Eso me recuerda una de aquellas deliciosas ingenuidades características del gran poeta satírico de Alemania, del inolvidable Enrique Heine: «En aquella época, dice, aludiendo á cierto período borrascoso de su vida,—estaba de moda escribir contra Goethe, y entré en la conspiración con entusiasmo. Lo que es yo, lo hacía por envidia: los demás no sé.» Grazne la impotencia cuanto quiera. ¡Cómo no hemos de estar agradecidos, en medio de la vida tan triste y tan fea de las vulgares pasiones y los vulgares intereses de la cacería del oro á la inspiración, al talento y al ingenio que nos hacen gustar á través de las congojas de la realidad la miel del ensueño, que hacen flotar á nuestro alrededor el aire de las grandes alturas del pensamiento, que con el canto de la música, ó con el acento de la elocuencia ó de la poesía nos arranca por un minuto á la miseria y al dolor de la existencia!

Nunca,—ni en los bien lejanos días en que fué Víquez mi discípulo, tuvimos para la política ó para el arte criterios siquiera cercanos; nos unió siempre, sin embargo, aquel afecto semi paternal por mi parte, semi filial por la suya que había nacido cuando su musa balbuceaba apenas, pero cuando su corazón era ya como una arpa, las cuerdas de la cual hacen vibrar la ilusión y el entusiasmo: como lo ví de cerca puedo dar testimonio de que era el suyo un corazón sensible y bondadoso.

Su talento tenía originalidad y fuerza; y había en su pecho la fuente de una ternura exquisita y radiosa. No he de profanar su recuerdo con inmerecidos ditirambos; pero pienso sinceramente que es de justicia que las letras del país lo recuerden con orgullo y den á su nombre el mármol que van á dedicarle;—y pido para la hija que tanto amó, y que ahora lo llora, el rayo de gloria que va á escaparse de su tumba laureada.

Sonría complacida,—para nuestra imaginación al menos,—ante el espectáculo de vuestra hermosura, que él hubiera pintado tan bien, y ante el raudal de inspiradas armonías que va á llenar el aire, la sombra del poeta, para nosotros inolvidable y querido, y ya que no tuvimos tiempo de coronar su frente, coronemos su nombre.

A Pío Víquez (*)

Del aplauso al halago indiferente,
cruzó la ardua pendiente
de la existencia, ajeno á los agravios,
tranquilo el corazón, alta la frente,
y la genial sonrisa entre los labios.

No lo sedujo efímera grandeza,
y supo siempre despreciar altivo
de la torpe ambición las glorias vanas.

Fué amigo de Anacreonte y de Virgilio,
y adorador del arte y la belleza,
fueron las nueve musas sus hermanas.

Cuando pulsar solía
las cuerdas de su lira delicada,
brotaban á porfía,
en estrofas sentidas y armoniosas,
el áureo madrigal y el tierno idilio,
cual enjambre de inquietas mariposas;
é iban en ronda alada,
con venturoso anhelo,
á llevar una frase de consuelo
ó á posarse á los pies de su adorada.

* * *

Bajo el azul del cielo,
no todo es ilusión y desencanto:
la alondra del jardín remonta el vuelo,
mas aún en la espesura
queda vibrando su amoroso canto.....

El genio del artista nunca muere:
eternamente y sin cesar fulgura
en el lienzo, la estrofa y la escultura.

(*) Composición recitada por su autor en la velada que á la memoria del inolvidable poeta se celebró en el Teatro Nacional, el 19 de Julio de 1903.

Del escritor y amigo malogrado,
el generoso espíritu,
en su libro genial está encerrado.

Hoy la Gloria á su frente
una corona ciñe de inmortales;
y allá en el cementerio,
del ocaso á los fúlgidos cendales
ó á la apacible luz de las estrellas,
amorosa cual nunca y diligente,
irá á su tumba la torcaz doliente
á contarle sus íntimas querellas!

Emilio Pacheco Cooper

A Pío Víquez (*)

Hubo en estas regiones de la «Virgen del mundo»
Donde todo es risueño, y es gracioso y es claro,
Un intelecto joven, un ingenio fecundo
Raro por sus caprichos y por sus dotes raro.

Duró breves instantes de su vigor la llama,
Pero dejó el aroma de su genial talento
Prendido de los lauros que conquistó su fama
En las ardientes lides del noble pensamiento.

Fué su pecho una lira, bella lira armoniosa,
Que vibró á los impulsos de la desdicha humana;
Lira que hablaba en verso y que cantaba en prosa
En su verso sentido y en su prosa galana.

Cabalgó en el vocablo que domara Cervantes,
Al azar de su inquieta su veloz fantasía,
Con castellanas botas, con espuelas brillantes,
Armado de la fusta de su amarga ironía;

Y subió hasta la cumbre donde airosa flamea
La bandera del arte como signo de gloria,
A la cumbre empinada donde siempre verdea
La palma que al esfuerzo reservó la victoria.

Para el bravo ginete de la lengua castiza,
Paladín de las letras en la regia estacada,
Que á la luz del recuerdo su figura desliza
Ante nuestra memoria y ante nuestra mirada.

¿No ha de haber una piedra que el cincel haga hermosa
Como lo es el contorno de su musa perdida,
Como son los destellos de su fúlgida prosa,
Como fueron las ansias que animaron su vida?

En honor del artista y en honor de su empresa,
Al compás de su verso tristemente sonoro,
Pongamos rico túmulo sobre su helada huesa
Y un laurel siempre verde sobre su pluma de oro!

José María Zeledón

(*) Composición repartida en hoja volante en la función del 5 de Mayo de 1904

ECOS DE LA PRENSA

Notas

El deseo de dar fiel cumplimiento á los compromisos que este diario ha contraído con sus numerosos favorecedores, nos obliga á seguir publicándolo después de la irreparable pérdida que hemos sufrido con la muerte de nuestro querido Director Pío Víquez.

El número de mañana será exclusivamente dedicado á la memoria del que, con una actividad asombrosa y una energía indomable, se consagró por completo durante diez años, á las arduas tareas del periodismo, haciendo de su pluma un mazo y de este *Heraldo* un yunque.

Réstanos ahora, en nombre de doña Mercedes v. de Víquez, dar público testimonio de gratitud á todas las personas que se han servido prodigarle sus cuidados.

EMILIO ALPÍZAR A.,
Editor

De *El Heraldo* de 13 de Mayo de 1899

Pío Víquez

¡Qué triste fué la tarde del día diez de este mes! El cielo estaba nebuloso, caían gotas de lluvia y un cortejo fúnebre conducía al cementerio los restos mortales de Pío Víquez. Ahí, en el campo de los muertos, en el momento de la inhumación del cadáver de nuestro amigo, la prensa periódica no tuvo un intérprete y los poetas costarricenses enmudecieron. Debe haber sido á causa de que cuando de improviso nos hallamos dominados por un sentimiento profundo, faltan palabras adecuadas para expresarlo, y nada hay tan elocuente como el augusto silencio que reinó en aquella ocasión.

* * *

¡Ay! la guadaña incansable de la muerte hizo pedazos el lápiz que todos los días se agitaba sobre el papel, y quebró la lira que producía notas armoniosas, cuando Víquez cantaba su *Serenata á Pacífica*, ó se remontaba á una región ideal en el *Nocturno*, ó entre el misterio de la selva acompañaba los arrullos de la *Torcaz*.

* * *

Pío Víquez vivirá en la historia de las letras centroamericanas. Tenía un talento raro, un mérito no común: el de la originalidad. A nadie imitaba y él era inimitable. De su lápiz brotaban siempre frases nuevas y afiligranadas, que le

servían para expresar pensamientos agudos, imágenes brillantes, delicadezas de sentimiento; y cuando él quería, llenaba sus cuadros de claro-oscuro, dejándoles alguna luz que guiaba para adivinar con seguridad la intención del escritor. Eran inmensos sus recursos: ponía á su servicio la máquina mitológica, y los dioses, los semidioses y los genios aparecían en acción, relacionados con sucesos de actualidad y vestidos á moderna usanza; ó bien daba á sus escritos un tinte enteramente nacional; ó se entregaba á su manera á lucubraciones metafísicas, ó revivía historias y palabras olvidadas; pero siempre nuevo, original y fecundo, ya elevado ó trivial, ya burlón ó lleno de sentimentalismo, y en todas ocasiones alejado por completo de cuanto es monótono y cuanto es vulgar.

* * *

En *El Heraldo*, diario que fundó Víquez hace nueve años, está reflejado tal como él era, con sus entusiasmos de poca duración, sus rasgos de verdadero sentimiento, sus críticas espirituales, su franqueza genial, sus odios pasajeros que, semejantes á nubecillas de verano que deshace el viento, pronto dejaban ver el cielo limpio del alma pura y generosa del amigo que lloramos.

* * *

Víquez era el único que no estimaba sus escritos. En otro tiempo, estaba yo haciendo una edición de sus poesías en la Tipografía Nacional, por cuenta de la Nación; y me escribió desde México, diciéndome que suspendiese la impresión y que mandase quemar los pliegos que estuvieran impresos. Bien á pesar mío, cumplí su voluntad.

El literato colombiano don Lázaro María Pérez, se había propuesto publicar las obras de los principales poetas hispano-americanos y me comisionó para pedir á Víquez sus poesías; se negó á darlas, é impuesto de ello el señor Pérez, me dijo en una de sus cartas: «Es preciso nombrar curador á la fama literaria de Pío Víquez.»

Y él, sin embargo, pudo enorgullecerse de sus trabajos, por que son conocidos fuera del país y le valieron, entre otras honras, la de ser nombrado miembro correspondiente de la Academia Española.

* * *

Pío Víquez vivirá, no solamente en las letras centro-americanas, sino también en el corazón de los que fuimos sus amigos.

Hagamos que nunca falte una corona sobre su sepulcro.

R. Machado Jáuregui

Editorial de *El Heraldo* de 14 de Mayo de 1899

Ya no existe

Pero para escribir la nota que ha de expresar la impresión que su muerte ha producido en nosotros, sería necesario poseer una pluma especial, única en este país, y esa pluma, desgraciadamente se quebró ayer.

Plumas como aquellas no se consiguen en el mercado y casi es profanar su memoria escribir acerca de él, con lápiz vulgar, falto de destreza y habilidad para reflejar fielmente el sentimiento hondo y doloroso que ha producido su repentina desaparición de entre los que comunicamos, vamos de aquí para allá y representamos en esta incomprensible comedia humana.

Pero detallar uno á uno los caracteres que hacen simpática la memoria de una personalidad, como se acostumbra hacerlo con los que dejan de figurar en este teatro, no es posible efectuarlo con ese amigo y escritor genial que todavía ayer alternaba entre nosotros con el nombre de Pío Víquez, sencillamente, porque él pertenecía á mundo distinto del que es dado conocer á las mayorías.

Tenía alma de artista y con eso queda dicho todo.

El escritor concienzudo se detiene con respeto al tratar de hacer un análisis de esa simpática personalidad, con el respeto que impone el misterio.

Recordáis la frase viva y elegante, aquella carcajada continua que en las columnas del Heraldo–de su Heraldo–se leía? Pues bien, aquella risa, era la risa de un hombre que sufría, que estaba devorado por penas de esas que no se extinguen con el tiempo; todavía ayer se lamentaba por su Julio y reía, reía para no llorar.

Ese anónimo que pasa por ahí por la calle puede juzgar como quiera al escritor singular ó ilustre que acaba de salvar el límite de la vida, nosotros tuvimos oportunidad de reconocer en él al amigo delicado y solícito, al corazón noble y generoso.

Gran parte de nuestra sociedad está de luto por la muerte de ese amigo distinguido, y nosotros los que reservamos esa pena para devorarla en silencio.

La Prensa nacional está enlutada, se rompió la pluma que escribía *El Heraldo*, y otra pluma como aquella no es posible conseguir.

La Revista viste de negro sus columnas y acompaña en su justo duelo á la estimable familia del que fué Pío Víquez.

De *La Revista*, nº 24

Pío Víquez

Ayer en la madrugada murió en Cartago Pío Víquez, el amigo querido, el compañero de tareas periodísticas, á quien hemos de recordar siempre con cariño y agrado. Esta desgracia ha puesto nerviosa nuestra mano y nada podremos decir de él hasta mañana. Conformámonos, pues, por hoy con decir que su cadáver fué traído ayer á esta ciudad en tren expreso, y que á las cinco de la tarde se verificó su entierro, con numeroso acompañamiento de amigos, que aún deploran la muerte del bohemio simpático y del escritor genial.

JUAN Mª MURILLO

De *La República*

El entierro del poeta

El cielo lloraba inconsolable. Al llegar el cadáver al cementerio como que ese cielo se enjugó las lágrimas y fijó su pupila triste en la tumba del poeta; no parecía sino que quería darse cuenta de lo que pasaba. El enterrador batió la mezcla y picó el ladrillo. Pío Víquez se quedaba allí, en la estrecha cárcel de la tumba, entre el sinnúmero de amigos que poco antes había despedido con suspiros lastimeros. Reinó el silencio; abandonamos la ciudad de los cipreses, y la filosofía, esa hermana sublime de la caridad, nos brindó su copa. El malogrado

poeta de las faldas del Irazú,—pues nació en el valle de Cartago,—no tuvo otra oración que la muy elocuente del Angelus. No se olvidaron de él sus amigos; la concurrencia fué numerosa.

De *La Revista*, nº 25

De duelo

I

Blanco y Negro se presenta hoy á sus lectores con traje de muy justo luto: su estimable colega, el señor redactor de *El Heraldo de Costa Rica*, ya no es.

* * *

Quisiéramos disponer de todos los datos precisos para hacer la biografía del malogrado personaje, cuya desaparición ha herido á la sociedad.

No hemos podido recogerlos y es por esto que tan sólo á grandes rasgos vamos á diseñar su corta y laboriosa vida, como estímulo para la juventud inteligente y entusiasta por el progreso.

Al finalizar la sétima década de este siglo, muy joven y sin más elementos que su voluntad incontrastable y su clara inteligencia, por cuanto su honrada familia no disponía de recursos, apareció de un modo modesto en la lucha por la vida, obteniendo con su labor incesante, muy pronto, puesto distinguido entre sus condiscípulos, de manera que la inteligente Administración del General don Tomás Guardia pudo ver en él uno de los gérmenes valiosos cuyo cultivo sería de utilidad nacional, y en cuanto las circunstancias permitieron, lo atrajo como esperanza del porvenir.

El joven Víquez correspondió más que cumplidamente al débil apoyo que recibiera, y muy luego aparece no sólo como uno de los primeros entre los estudiantes, sino también como laborante distinguido en el magisterio, y, por sus dotes intelectuales, figurando en la política en el alto puesto de Subsecretario de Estado.

No obstante las múltiples faenas de su posición tuvo tiempo para procurarse, desde muy temprano, la vasta y bien fundada erudición que desde hace años hizo brillar en sus numerosos escritos y más aún en las cátedras que presidió con tanto acierto como beneplácito de sus numerosos discípulos.

II

Nuestro amigo don Pío no ha muerto: en el campo de las letras lo tenemos de cuerpo presente por sus escritos; en el corazón de sus amigos, por su imperecedero recuerdo y, en su familia, por su justísimo é inconsolable dolor.

Su repentina desaparición nos da una prueba más de que Dios tiene sus escogidos: «Merceditas, estoy herido de muerte!»..... ..... y después ..... la inocencia representada por la concentración de su amor de padre, recogía entre sus puros y rosados labios el último suspiro!

Pobre Pisconcita!!

—¡Ya no volverás á escuchar la dulce voz de tu buen papacito al prodigarte sus caricias!..... Felices los que se van!!, dicen unos.—Dichosos los

que se quedan!!, exclaman otros.—Pero es lo cierto que todos tenemos,-por ley ineludible,-que llegar á ese trance fatal.

Quienes comprenden el interminable viaje sin experimentar grandes sufrimientos y sin violentar las leyes generales de conservación, son, para nosotros, los más felices.

La desaparición de Graciela y de Julio, sus adorados hijitos, fueron los más rudos golpes que experimentó en la vida.

Muestra elocuente del sincero aprecio que profesaban á nuestro amigo todas las clases sociales, ha sido la sentida nota que espontáneamente ha brotado de los labios de todos los que lo conocimos.

¡¡Querido amigo: si hasta el lugar donde moras puede llegar nuestro eterno adiós, recíbelo, junto con esta tan pequeña como sincera muestra de nuestro pesar!!

FEDERICO G. SALAZAR

Desgracia

Amiguitos, acabamos de sufrir una gran desgracia: la muerte de don Pío Víquez, un hombre que era un niño. Los hombres de buen corazón y de inteligencia clara son el mejor tesoro de un pueblo. Así era don Pío Víquez.

Cuando ustedes sean capaces de apreciar lo que es un escritor, verán que es muy raro encontrar uno que tenga las dotes necesarias. Muchos países hay ahora que no poseen un verdadero escritor, ilustrado, de gusto, de sensibilidad profunda y fina, de originalidad verdadera. Costa Rica tenía uno, y lo ha perdido. Es una desgracia, una gran desgracia. Si alguno de ustedes escribe algún día la historia de Costa Rica, recuerden que Pío Víquez fué uno de los creadores de la cultura artística de este pueblo.

ALBERTO MASFERRER

De *El Mundo de los Niños*, nº 9.—Mayo de 1899.

Pío Víquez

A las dos de la mañana del miércoles diez del corriente, exhaló el último suspiro el que en vida llevó el nombre de Pío Víquez.

Cartago, la antigua y noble ciudad, cuna de nuestros principales hombres, ha sido la que recogió ese aliento de vida y la que guardará en su seno los despojos del que siempre será recordado con cariño por los suyos y por los que sepan apreciar sus méritos.

Cuando se dejan las miserias de la vida que el mundo proporciona y se pasa á la positiva y verdadera de la eternidad, el hombre se purifica y se eleva con su alma y su nombre á una esfera superior, en que sólo reina lo grande y lo inmortal, y allá, dueño ya del lugar que sus obras le hayan merecido, sólo es objeto de respeto y veneración.

Nada hay más imponente y que infunda más respeto como la presencia de los restos del que ha dejado de ser.

Allí se agolpan en resumen grandes verdades y grandes reflexiones, que nos dejan absortos en aquella contemplación, que nos trae diferentes emociones.

Así es que la naturaleza misma nos impone el respeto que de por sí todos guardamos.

Y apenas es la consecuencia de la realidad de las cosas, porque para los que quedamos en la vida perecedera, no nos pertenece aquel que se separa á la vida eterna, sino es sólo en lo que con esa vida superior se aviene.

Venimos al mundo en medio de la ceguedad de nuestra ignorancia, y muchas veces se sale de él con poca diferencia; así es que los errores que cometemos no son sino motivos mayores para merecer la conmiseración, por la nulidad de nuestros esfuerzos en la busca del bien, que es nuestra guía.

De ahí, pues, que cuando caemos vencidos en la jornada de la vida, es cuando nuestras obras buenas sobresalen con un valor mayor, y no se toman en cuenta las que por malas no pueden ser del espíritu consciente, que las debía rechazar si en él hubiera la fuerza y el saber que lo saque de la oscuridad en que está.

Y en verdad que nunca se da el premio bastante al que batalla en la vida contra todo elemento contrario y con tan débiles fuerzas.

Y quien logra sobreponerse y lleva en su haber el triunfo terrenal, abre á su memoria un horizonte inmenso, y tan inmenso como la eternidad en que reina.

Por eso se dice, y con razón, que los hombres grandes no mueren, porque quedan en la memoria de las generaciones que se suceden, que es el no morir para nosotros y vivir en una vida superior.

Cada cual presta su contingente como sus facultades le ayudan y cada cual escoge el medio á que esas facultades lo inclinan, y en que cree prestar un servicio útil á la sociedad.

Fué la cátedra y la prensa lo que don Pío escogió para prestar á su patria sus servicios, y fué con tanto acierto, que en ambas su nombre dejó mérito.

Su clara inteligencia y su fácil concepción de ideas y la manera de expresarlas, le hacían muy suyo su estilo y probaban lo dueño que era del idioma que sabía manejar.

El profesorado y la prensa: no sabemos qué decir cuál sea de más importancia: ambos son faros de luz para la humanidad, ambos la redimen y le dan un rango elevado, y de ellos fué Víquez el soldado constante y batallador.

Pocas cosas traen tan crueles recompensas como los trabajos de la prensa. Se ha relajado tanto su uso, que para los más se convierte en arma de venganza y en desahogo de pasiones, y de ahí que cueste á los que la llevan con rectitud, el que se les crea su imparcialidad ó su sana intención.

Y cuando esto se conoce y casi se lleva el desaliento de la decepción, es más meritorio el trabajo y más eficaz su resultado, porque el escritor templa sus fuerzas y sólo las emplea en lo bueno y de conocido provecho; y así la prensa ocupa su lugar y así la sociedad gana y se perfecciona.

En donde quiera, pues, que se encuentre uno de esos adalides, debe venerarse; y en donde quiera que su luz se apague, debe llorarse.

Nosotros lo hacemos como lo harán todos los que así piensen y más aún, como lo hagan sus amigos, porque también lo éramos.

(De *El Pacífico*, nº 204)

D. E. P.

Escritas teníamos ya las líneas en que rendíamos las más expresivas gracias al redactor de *El Heraldo de Costa Rica*, por las palabras de aliento que nos

dirigió, cuando llega á nosotros la fatal noticia de la muerte del simpático y festivo escritor, el para nosotros inolvidable don Pío Víquez.

A la par que enlutamos las columnas de nuestra publicación, enviamos nuestras sinceras expresiones de condolencia á la viuda y demás familia del inolvidable y festivo escritor costarricense.

De *El Ferrocarril*, nº 2

Don Pío Víquez

Nuestro buen amigo don Pío ha pasado á mejor vida. En paz descanse el valeroso escritor.

De *El Crikri*, nº 2

VOZ DE PERIODISTAS

Pío Víquez

Sí, es justo el sentimiento que hoy nos abate al recordar la muerte del poeta tierno y del escritor inimitable; es legítimo este pesar que oprime nuestro pecho al ver cómo ha sucumbido el cincelador de la palabra, el cantador de las ternezas, el hijo predilecto de la musa decidora. Su *Heraldo*, este *su Heraldo*, que tantas notas recogió de su lápiz, siempre chispeante, ha quedado como el huérfano solitario que no volverá á sentir las caricias del padre cariñoso.

¡Oh! y tener que conformarse con esos «altos designios,» tener al fin que convencerse de que el inolvidable Pío Víquez ha quedado allá en la fosa oscura y muda, en donde sólo impera la eterna tristeza.

Leonidas Briceño

(De *El Heraldo*.—14 de Mayo de 1899)

El libro "Miscelánea"

Si le hubieran dicho al poeta que de *El Heraldo de Costa Rica* se sacaría el material de una obra artística duradera, se habría sonreído con incredulidad. Impulsado por la necesidad se improvisó periodista y durante nueve años lo fué realmente, aunque de eso no tuvo sino vaga conciencia, como el personaje de Moliére, que hablaba en prosa sin saberlo.

Hoy, podemos afirmarlo, que nunca ha habido en el país diario más impresionista y fidedigno. Allí está la vida de Costa Rica, copiada del natural por un artista que embellecía cuanto tocaba su pincel.

Recorrimos las páginas de *Miscelánea* con deleite, no sólo porque saboreábamos los primores de aquel estilo raro y característico sino porque nos parecía que un girón de nuestra vida, el más bello, el de nuestras primeras ilusiones, pasaba ante nuestros ojos.

Aquí un idilio, allá la elegía á la muerte de una virgen, después la nota política, llena de intención y picardía, el epitalamio que parece salido de la pluma de Cátulo el romano, ó de Catulle el parisiense ó la descripción de un paisaje ó de una gira que recuerda la manera castiza y original de Pereda.

Pero sobre todas estas impresiones domina la evocación que hicimos del Maestro encantador, una de las figuras que viven luminosas entre nuestros recuerdos de infancia. Cómo le queríamos! Cuánto nos entretenían sus clases de Derecho y cómo se esforzaba él por hacernos ante todo amar esos estudios, haciéndonos la suya, á fuerza de donaire, la más amena de las horas de clase!

Nosotros conocíamos su risa y adivinábamos sus tristezas. Bajo la capa de escepticismo se escondía un hombre tierno, debajo de sus burlas ó de sus filigranas aparecía siempre la nota del sentimiento, algo como un sollozo contenido que termina en carcajada.

Su temperamento parecía formado para el arte. Sensibilidad irritable, buen gusto innato, fantasía brillante: tenía todos los dones del espíritu de un gran poeta.

Sin embargo, sus versos no son de nuestro agrado y si exceptuamos el soneto *Amo lo triste*, algunas estrofas del *Nocturno*, sus delicadas *Rimas* y la *Primavera*, cuadro sugerido por Copée, las demás composiciones huelgan en su libro. Como Saint-Beuve, como Bourget, como Daudet, como tantos otros distinguidos escritores, los versos fueron para Víquez el preludio de su inspiración, el ramillete de flores de su juventud, pero la prosa dió más tarde ancho campo al vuelo potente de su numen.

Sus escritos políticos son apasionados y burlescos, de modo que al pasar el tiempo han perdido la importancia y aun la gracia que les dió la actualidad. Pero para siempre quedarán en cambio los hijos de su fantasía, verdaderas piedras preciosas, trabajadas con arte exquisito, de que sólo él conoció el secreto.

Miscelánea nos hace el efecto de una exposición de las joyas que fueron el tesoro de una artista ó de las colecciones de estudios, cuadros y esbozos que quedan en el taller de un ilustre pintor desaparecido.

Aquí tenemos, por ejemplo, al cantar una boda realizada por el Soberano Amor, esta perla del más lindo oriente:

«Delirad amigos, la copa es jónica. Está recamada de driadas y faunos. Baco la llena mientras Pan se regocija. La diosa de la concha, y el consentido chiquitín que le llama madre, bendicen desde el borde á la juvenil pareja. La espuma convida. El licor hierve como una pasión que no sufre espuela ni freno. Oh! la dicha.... Qué bella es la felicidad! Qué hermosa es la juventud enamorada! Hundid hasta el fondo vuestros labios juntos mis queridos jóvenes. Buenas hadas, cubrid de flores el lecho de la nupcia.»

Allá está el cuadro que copia idealizando nuestras bellezas naturales, es un paisaje de las orillas del río Banano, de una riqueza de colorido que sólo se encuentra bajo el cielo tropical.

Oh, sí, ese libro en que han trabajado con encanto y con tesón nuestro amigo Tobías Zúñiga Montúfar y el Dr. don Rafael Machado, merece la doble misión que le ha señalado el destino: conservar el verbo de oro de nuestro poeta para las generaciones venideras que no tendrán como nosotros la dicha de haberlo conocido y ser el único haber, el único caudal de Graciela, la pobre huerfanita, que desde su tierna infancia se ve privada de las caricias del más cariñoso de los padres.

La labor estética de alto precio de selección y pulimento que representa *Miscelánea* tiene además esta alta significación: consagra para la patria, que no es por cierto fecunda en talentos literarios, la legítima gloria del inolvidable Pío Víquez.

ALEJANDRO ALVARADO H.

IN MEMORIAM

Pío Víquez, nuestro bardo costarriqueño, fué para mí un poeta nacido. Tenía el dón del arte puro y refinado como lo muestran los trozos literarios que

brotaban de su pluma. Su obra quedó apenas comenzada. Le faltó tiempo para reir, pero le sobraron verba y *esprit* para hacer reir á sus amigos, y en la vida vale más reir que llorar.

Le rire est propre de l'homme, decía Rabelais. Tal fué la máxima de Víquez.

TEODORO PICADO

Pío Víquez

De chispeante ingenio, demostrado por su frase acerada é incisiva y cubierta siempre con un aticismo especial suyo. Muy bien armada para la polémica, así era en el diario. Si pudiera imitar, mi modelo predilecto sería Pío Víquez.

LEONCIO N. BELLO

Pío Víquez

Parece haber bebido su inspiración en las fuentes con que brindó á la posteridad aquel poeta y filósofo que hizo en su tiempo las delicias del mundo romano, Tito Lucrecio, de quien Virgilio dijo que «había quitado á la naturaleza los misteriosos velos con que oculta sus arcanos, y á la muerte sus horrores..... »

La expresión fiel del sentimiento es patrimonio del ingenio; de ahí el poeta, que rinde entusiasta homenaje á los encantos de la belleza; al arte en su genuina significación. Así Pío Víquez, cuya palabra se desbordaba como cristalino arroyo. El habla castellana en sus labios era luz y armonía. Su pluma brillaba al igual del lucero del alba cuando recorría con su imaginación admirable «las cosas bellas esparcidas á nuestros ojos y cuya armonía secreta se revela á cuantos saben mirarlas con amor.....»

Se apagó su existencia material, á semejanza de los últimos rayos del sol poniente; pero ahí queda para orgullo de la patria, en las letras nacionales, el recuerdo de su numen vivísimo.

TRANQUILINO CHACÓN

A Pío Viquez

Como un arroyo refrescante y puro
que el valle cruza entre aromosas flores,
ora cantando su canción de amores,
ora batiendo el cascajal impuro.....

Como una maga del boscaje oscuro
que el bosque hiciera difundir colores,
ora empeñada en derramar fulgores
que al dolo forman constelado muro .....

Así tu musa, la hechicera dama,
llenó de aromas tu enlutada vida,
que el eco triste de mi verso clama,

para formarte con su gala hermosa,
la flor doliente, la oración sentida,
que con mi verso guardará tu fosa!

AGUSTÍN LUJÁN

18 de Octubre de 1904

Don Pío Víquez

Aplaudo sinceramente que se honre la memoria muy limpia de este querido cartaginés.

Yo le quise desde la primera y única vez que lo conocí; tenía el dón de hacerse querer. Héle conocido por sus escritos,

Era una especie de símbolo de nuestro carácter y de nuestro estilo, ungido, eso sí, por el genio.

Admiro á los hombres que se formaron cuando Pío; aún escaseaban los medios. Necesitábase un amor ferviente á las ciencias y á las letras.

Pío llegó, con todo, á ser *un hombre ilustrado, distinguido literato y poeta inspirado*, y sobre todo esto, modesto y afable.

Daba una mano al magnate y la otra al campesino; no había para él distinción de clases.

El mérito literario de Pío es indiscutible; pruébalo el que no se le ha olvidado, ya que el común de los mortales

«Tan pronto es ido
como cae en el olvido.»

Este obsequio tributado al ilustre poeta, nos llena de júbilo. Es un buen síntoma, honrar la memoria de los ciudadanos beneméritos; así se fomenta la producción de ellos.

Sirva, pues, de aliento á la estudiosa juventud, este homenaje dedicado al inolvidable Pío.

Juan Garita, Pbº

Grecia, 13 de Setiembre de 1904

Pío Víquez

Es cierto, los poetas también son hombres de carne y hueso; pero les perdonamos esta circunstancia y tratamos de olvidarla para solazarnos sólo con los productos de su espíritu.

Dr. V. Lachner Sandoval

Pío Víquez

No fué pedagogo ni moralista: obedeció á los impulsos de su temperamento y amó y cantó la belleza. Fué un hombre sensible y generoso; y si apareció con demasiada frecuencia encubierto con una máscara volteriana, debemos, para apreciar su fondo íntimo, leer sus bellísimos versos, que están saturados del dolor más hondo y proceden de un corazón que derramó copiosamente ternura y sentimiento.

Julio Acosta

Pío Víquez

Para él fué la vida un pasatiempo. Con su pluma, fecunda siempre y siempre maestra, supo reir y supo llorar, pues tuvo, así como la sátira fina en el cam-

po de la política, las frases del sentimiento para la íntima y verdadera amistad. Cometió errores; mas su talento y su estilo especialísimo disimulaban y hacían olvidar aquellos errores que no fueron sino bromas en el escenario de su existencia.

RAFAEL ALPÍZAR A.

Pío Víquez

No conocí á Pío Víquez. A mi llegada al país ya había fallecido. Pero cuando años después de haber muerto un hombre su recuerdo está latente en el corazón de sus conciudadanos y su nombre se pronuncia con cariño, y ese hombre fué periodista,—de quienes nadie se acuerda una vez despedido el duelo,—fuerza es creer que su obra fué muy grande.

ARMANDO CARDENAL

Pío Víquez

Es su alma que la musa tierna inspira,
ave del paraíso que parlera
sus cánticos entona prisionera
entre las rejas de encantada lira.

Si alegre canta, de pesar suspira,
pues no hay placer que en el dolor no muera;
y la nota que surje placentera
en una nota de tristeza expira.

. . . . . .

Ayer cuando expresó su sentimiento
nadie de su canción supo hacer caso.
¿Qué importa al mundo el infeliz que llora?

Pero hoy que enmudeció su dulce acento,
á su gloria la muerte le abre paso,
pues la muerte también tiene su aurora.

DANIEL UREÑA

Pío Víquez

¡..... sol sin ocaso, fecundiza los cerebros con los rayos vivificantes de la pluma y la palabra, ya en el periodismo, ya en la cátedra. Surge luminoso.... y labios invisibles soplan y apagan aquel astro cuando lanza sus mayores claridades.....!

¡Salve!

AUGUSTO J. GRILLO

Cañas, Agosto de 1904.

Costa Rica

(Víquez Pío J.)

Es Costa Rica una de las Repúblicas centroamericanas, donde la mirada se extasía por aquellas praderas frescas, verdes y laboriosamente cultivadas. Allí el labriego vive con modesto bienestar, con holgura y sin esa apariencia que hace del campesino, en otras partes, un paria condenado á la escasez y al rudo trabajo.

Complácese el ánimo en las risueñas florestas, en la variedad de la flora y en perspectivas que, desde Puntarenas á San José, alegran la vista, haciendo recordar muchos de los paisajes que en las vegas ecuatorianas se admiran.

Con aquella suavidad de matices se regocija la imaginación y crea y canta.

Publicistas notables y poetas han brillado en Costa Rica y entre los últimos colocamos en puesto de honor á Pío J. Víquez. Ternura, sencillez, melancólicas evocaciones de recuerdos que nunca mueren, encantador idealismo, fluidez apasionada; tales son las condiciones de su lira y el atractivo de sus versos que semejan los dulces gorjeos del ruiseñor, como lo demostraran estas bellísimas estrofas:

LA TORCAZ

Por qué tan triste, torcaz,
te lamentas cabe el nido,
y con acento sentido
hondo un ay! al viento das?
Triste el ala
batir con ansia te miro,
y del aura que resbala
el ramaje estremeciendo,
en las alas, va creciendo
tu gemebundo suspiro.

En tus ojos no dirás
por qué la inquietud asoma?
¿por qué suspiras, paloma?
¿por qué estás triste, torcaz?
¡Ay!.. ven.. deja
del triste sauce la cumbre,
y á la mía une tu queja.
Esta es del llanto la hora ...!
Ven, torcaz, conmigo llora
del crepúsculo á la lumbre.

Esta es la hora del profundo
sentir secreto del alma,
que, perdida ya su calma
ancho desierto halla el mundo.
Hora cruel
en que todo triste está....!
en que es todo amarga hiel
para el que gime angustiado,
recuerdo del bien pasado,
del bien que no volverá!

Aquella nube encendida
que se mueve en lontananza,
me parece una esperanza,
una esperanza perdida....!
Y el dorado
lampo que lejos se ve
sobre el cerro levantado,
me parece en mi dolor
el trémulo resplandor
de la ilusión que se fué!

Torcaz, tus notas sentidas
suspende; el céfiro llega
y el ala trémula pliega
sobre las flores dormidas.

No el reposo
interrumpamos, paloma,
con nuestro triste sollozo:
de la luz la blanca huella
allá muy lejos destella
apenas sobre la loma!

Yo también silencio pido:
de silencio funerario
á este bosque solitario
en pos, torcaz, he venido.
Gemebundo,
la algazara de la vida,
vengo huyendo: que en el mundo
no se aviene el altanero
espíritu placentero
con el alma dolorida.

El retiro es mi contento,
porque en el mundo falaz
¡son antípodas, torcaz,
la risa y el sentimiento!
Aquí nada
burla el dolor y el quebranto
del alma desconsolada;
se llora con libertad,
pues fué hecha la soledad
para suspiros y llanto.

De las hojas el murmullo
sólo suena interrumpido
á veces por tu gemido
y melancólico arrullo.
¡Ay!....tú sola
en mi pena me acompañas!
Del dolor la férvida ola
á ti te abate también....!
Paloma, dime, por quién....?
¿Has amado? ¿No me engañas?

¡Pobre torcaz!.... como yo
gimes con pena punzante:
acaso traidor amante
tu existencia acibaró!
Ven, paloma,
si tu ilusión, cual la mía,
es triste flor sin aroma
que el vendabal ya deshoja,
tú calmarás mi congoja,
yo calmaré tu agonía.

Al pie del sauce doliente,
en cuya cima te apenas,
sobre menudas arenas
tranquila corre una fuente.
En su orilla
los dos, si acaso lo quieres,
tú me dirás, avecilla,
al són de las linfas suaves,
si engañan tanto las aves
como engañan las mujeres!

Oculta aquí entre las flores
frescas que bordan la vega,
á contarme presto llega
la historia de tus amores.
Sí, torcaz,
deja el sombrío ramaje
y esa historia me dirás,
yo entiendo tu idioma bien,
pues de amor en el Edén
me enseñaron tu lenguaje.

Yo también evocaré
del pasado la memoria,
y de amores otra historia
harto triste te diré....
¡Ay! qué triste
es pensar en lo pasado,
en el bien que ya no existe,
cuando muerta la esperanza
sólo se ve en lontananza
un porvenir angustiado.....!

Ven, pues, y posa en mi seno,
no temas posarte en él,
que de amor mentido y cruel
está por dentro el veneno.
Compañera
dulce serás de mi vida,
en tanto que el cielo quiera
que, al llanto de nuestros ojos,
se quemen, ¡ay! los despojos
de nuestra ilusión perdida!

De mis amores perdidos,
amores que me inspiraron
los rayos que me alcanzaron
de aquellos ojos dormidos,
sólo un triste
recuerdo amargo me queda,
que de luto el alma viste.
¡Ay!, paloma .. qué martirio
recordar que fué un delirio
toda mi esperanza leda.....!

Mas la noche se adelanta:
á la luz ya cierra el paso,
y del oriente al ocaso
su cortinaje levanta.
Pavorosa
el alta cima envolviendo
va, en su sombra misteriosa.
Quédate ¡adiós!.... tu gemido
no suspendas. ¡Ay! herido
yo también me voy gimiendo!

Pío J. Víquez es de los poetas que hablan al corazón, conmoviéndole deliciosamente.

BARONESA DE WILSON

(De el libro *El Mundo Literario*)

Nómina de las personas que han contribuido al mausoleo de

PIO VIQUEZ

A

Licenciado	don	Alejandro Alvarado	₡	2 00
—	—	Adán Acosta (Guanacaste)		5 00
	—	Anastasio Alfaro		2 00
	—	Bernardino Alvarado (Puntarenas)		2 00
	—	Emilio Artavia		2 00
	—	Felipe J. Alvarado (Limón)		25 00
	Doña	Julia Alvarez v. de Rojas		25 00
—	don	José Astúa Aguilar		5 00
	—	Juan Aguilar		5 00
	—	José Andújar		2 00
	—	José Amador (Puntarenas)		2 00
	—	Julio Acosta (Alajuela)		5 00
—	—	Mariano Alvarez Melgar		2 00
Doctor	—	Miguel W. Angulo		2 00
	—	Miguel Alvarado González		5 00
	—	Manuel Aragón		5 00
	—	Nautilo Acosta (San Ramón)		2 00
	—	Rodolfo Ardón (Alajuela)		1 00
	—	Santiago Alvarado		5 00

B

		Banco de Costa Rica	100 00
	Don	Eduardo Béeche (Limón)	10 00
	—	Gabriel Bonilla (Limón)	10 00
	—	Jaime G. Bennett	10 00
	—	José L. Barreto	2 00
	—	Luis J. Bonilla	5 00
	—	Manuel Barahona	30 00
Licenciado	—	Marcelo Brenes	2 00
	—	Manuel V. Blanco	5 00
	—	Pablo Burón	10 00
	—	R. E. Brounger (Administrador del Ferrocarril de Costa Rica)	50 00
	—	Salvador Barrías (Puntarenas)	2 00

C

	Don	Alejandro Cardona	1 00
	—	Adolfo Cañas	3 00
	—	Higinio Carmona	3 00

Doctor	don	José María Castro F. (Cartago)	₡	25 00
—	—	José Caballero (Limón)		5 00
	—	José María Castillo		5 00
	—	Juan Casas (Guanacaste)		2 00
Licenciado	—	Luis Castro Saborío		5 00
—	—	Luis Castro Ureña		5 00
	—	Luis Castaing Alfaro (Alajuela)		2 00
	—	Miguel Cárdenas (Puntarenas)		1 00
	Señorita	María Julia Cordero		1 00
	Don	Rafael Cañas		20 00
	—	Ramón Castro Fernández		3 00
	—	Ramón L. Cabezas (Alajuela)		5 00
	—	Roberto Castro		2 00
Doctor	—	Roberto Cortés (Alajuela)		2 00
	—	Ricardo Castaing A. (Alajuela)		1 00

CH

Don	Alcides Chapatte		5 00
—	E. Challe		5 00
—	Raúl Chacón		2 00
—	Tranquilino Chacón (Alajuela)		4 00

D

Licenciado	don	Carlos Díaz	2 00
—	—	Luis Dávia	5 00
	—	Juan Dávila	2 00
	—	Milton Donaldson (Turrialba)	10 00

E

Licenciado	don	Alberto Echandi	2 00
	—	Arturo Elizondo (Puntarenas)	5 00
	—	Félix Echeverría	3 00
	—	Fabián Esquivel	5 00
—	—	Gerardo Echeverría A.	3 00
Ingeniero	—	Juan F. Echeverría A.	5 00
	—	José Esquivel Sáenz	2 00
	—	Narciso Esquivel	5 00

F

		Función 19 de Julio 1903	536 00
		— 5 de Junio 1904	370 00
		— 27 de Agosto 1904	199 00
	Don	Arturo Fernández	5 00
	—	Antonio Freer (Puntarenas)	2 00
Presbítero	—	Andrés Fuentes (Mojón)	5 00
	—	Aníbal Figueroa (Esparta)	5 00
	—	Clodomiro Figueroa (Esparta)	5 00
Licenciado	—	Mauro Fernández	10 00
	—	Pío J. Fernández	5 00
—	—	Tomás Fernández B. (San Ramón)	2 00
	—	Ulpiano Fonseca (Puntarenas)	5 00
	—	Walter J. Ford	10 00

G

	Don	Agustín Guido (Puntarenas)	5 00
Licenciado	—	Claudio González Rucavado	2 00
	—	Eloy González	10 00
	—	Elías Granados	5 00
	—	Enrique Goicoechea	5 00

	Don	Francisco Garrón	₡ 2 00
	—	Fernando Goicoechea	4 00
General	—	Joaquín Gutiérrez (Heredia)	10 00
Presbítero	—	Juan Garita (Grecia)	2 00
	—	José Joaquín García Monje	2 00
Licenciado	—	Juan Félix González	2 00
	—	Luis A. Guido (Puntarenas)	1 00
	—	Mariano Guardia	5 00
	—	Manuel J. Grillo (Puntarenas)	2 00
	—	Ramón González Soto	5 00
General	—	Santiago de la Guardia	5 00
	—	Venancio A. García	10 00
	—	W. de la Guardia (Limón)	10 00

H

	Don	Anastasio Herrero	10 00
	—	Cipriano Herrero	10 00
	—	Gerardo Hernández	5 00
	Mr.	Hihkok	2 00

I

Doctor	don	Julián Irías	5 00
	—	Rafael Iglesias Castro	50 00

J

Licenciado	don	Alfonso Jiménez Rojas	5 00
—	—	Carlos María Jiménez	5 00
—	—	Francisco Jiménez Núñez	5 00
	—	Franklin Jiménez	2 00
Doctor	—	José J. Jiménez Núnez	2 00
	—	Manuel de Jesús Jiménez (Cartago)	5 00
	—	Nicolás Jiménez Oreamuno (Cartago)	10 00
	—	Roberto Jiménez Sáenz	10 00
—	—	Ricardo Jiménez Núñez	2 00

K

	Don	John M. Keith	25 00
	—	Minor C. Keith	250 00
	—	Otto Kooper (Grecia)	2 00
	—	Ricardo Kriebel	10 00

L

	Don	Axel Landergren	2 00
	—	Cayetano López García	3 00
	—	Eugenio Lamicq	5 00
	—	Elías Leiva	5 00
	—	F. Van Laar	3 00
	—	José Luján	2 00
	Doña	María v. de Lines	2 00

M

	Don	Enrique Mac Adam (Puntarenas)	5 00
	Doña	Esmeralda v. de Morales (Heredia)	25 00
	Don	Gregorio Martínez	5 00
	—	Juan Montalto	1 00
	—	Juan de Dios Matus (Puntarenas)	5 00
Licenciado	—	Leoncio Martínez (Alajuela)	5 00
Ingeniero	—	Luis Matamoros	5 00

		Municipalidad de Cartago	₡	200 00
	Don	Miguel Macaya		5 00
	—	Manuel Madrigal		2 00
	—	Luis Montenegro		2 00
	—	Ricardo Mora Fernández		10 00

N

Doctor	don	Daniel Núñez	10 00
	—	Félix Noriega (Alajuela)	2 00

O

	Don	Alberto Odio	10 00
	—	Gaspar Ortuño	10 00
	—	Miguel Obregón	2 00

P

Doctor	don	A. Pirie (Cartago)	5 00
Licenciado	—	Blas Prieto	5 00
	—	Benjamín Piza	5 00
	—	Emiliano Padilla	5 00
	—	Félix Pacheco	1 00
	—	Héctor Polini	10 00
Presbítero	—	José Piñeiro (San Ramón)	2 00
	—	Juan Vicente Picado	2 00
	—	Marco Tulio Pérez	2 00
		Profesores Edificio Metálico	2 00
		Personal docente de la Escuela de varones de Alajuela	5 00
	—	Santos Pastor	10 00

Q

General	don	Concepción Quesada	5 00
—	—	Juan Bautista Quirós	5 00
	—	Manuel A. Quirós	5 00
	—	Napoleón Quesada	2 00
Licenciado	—	Vidal Quirós	10 00

R

	Don	Emilio Robert	1 00
	—	Francisco Rohrmoser (Puntarenas)	2 00
	—	Manuel Romero	10 00
	—	Oscar Rohrmoser	2 00
	—	Ramón L. Roldán	5 00
	—	Rafael Rodríguez S. (San Ramón)	2 00

S

Licenciado	don	Bernardo Soto	25 00
—	—	Benito Serrano	5 00
	—	Carlos Saborío (Limón)	10 00
	—	Enrique Saborío	2 00
General	—	Francisco Serrano	5 00
	—	Francisco Saborío (Alajuela)	5 00
	—	Federico Solórzano (Alajuela)	1 00
Ilustrísimo	—	Juan Gaspar Stork, Obispo de Costa Rica	25 00
	—	Juan María Solera (Heredia)	10 00
	—	Juan Suñol (Puntarenas)	5 00
	—	Juan Sibaja Soto (Alajuela)	1 00
	—	Serafín Sarabia (Puntarenas)	1 00
	—	Tobías Solís	10 00
	—	Tomás Scott	5 00
Doctor	—	Vicente Lachner Sandoval (Alajuela)	5 00
	—	Zacarías Salinas	30 00

T

	Don	Fidel Tristán	₡	2 00
	—	Federico Tinoco		10 00
	—	José Traube		100 00
Doctor	—	Juan I. Toledo López		5 00
	—	Juan F. Torres (Puntarenas)		2 00
	—	Luis Torres Acevedo		2 00
—	—	Nazario Toledo		2 00

U

	Don	Francisco Ugalde Pérez (San Ramón)		2 00

V

	Don	Alberto Villaseñor		10 00
Licenciado	—	Cleto González Víquez		25 00
—	—	José María Vargas		5 00
	—	Juan Vega L. (Grecia)		2 00
	—	Jesús M. Vargas (Alajuela)		5 00
	—	Manuel Veiga L.		3 00
Ingeniero	—	Manuel Vásquez		2 00
	—	Rafael Vargas Quirós		10 00

W

	Don	Carlos Wahle		5 00
	—	F. Witting		10 00
	—	Félix Wiss		3 00
	—	Louis Wichmann (Limón)		10 00

Z

	Don	Ciriaco Zamora		5 00
	—	Darío Zúñiga (Puntarenas)		10 00
	—	Isaac Zúñiga Montúfar		5 00
	—	Leonardo Zavaleta		2 00
	—	Manuel J. Zúñiga (Puntarenas)		2 00
	—	Tobías Zúñiga Montúfar		10 00

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT

University of N.C. at Chapel Hill
00025286805